

PALIMPSESTO

REVISTA DE CREACIÓN



37

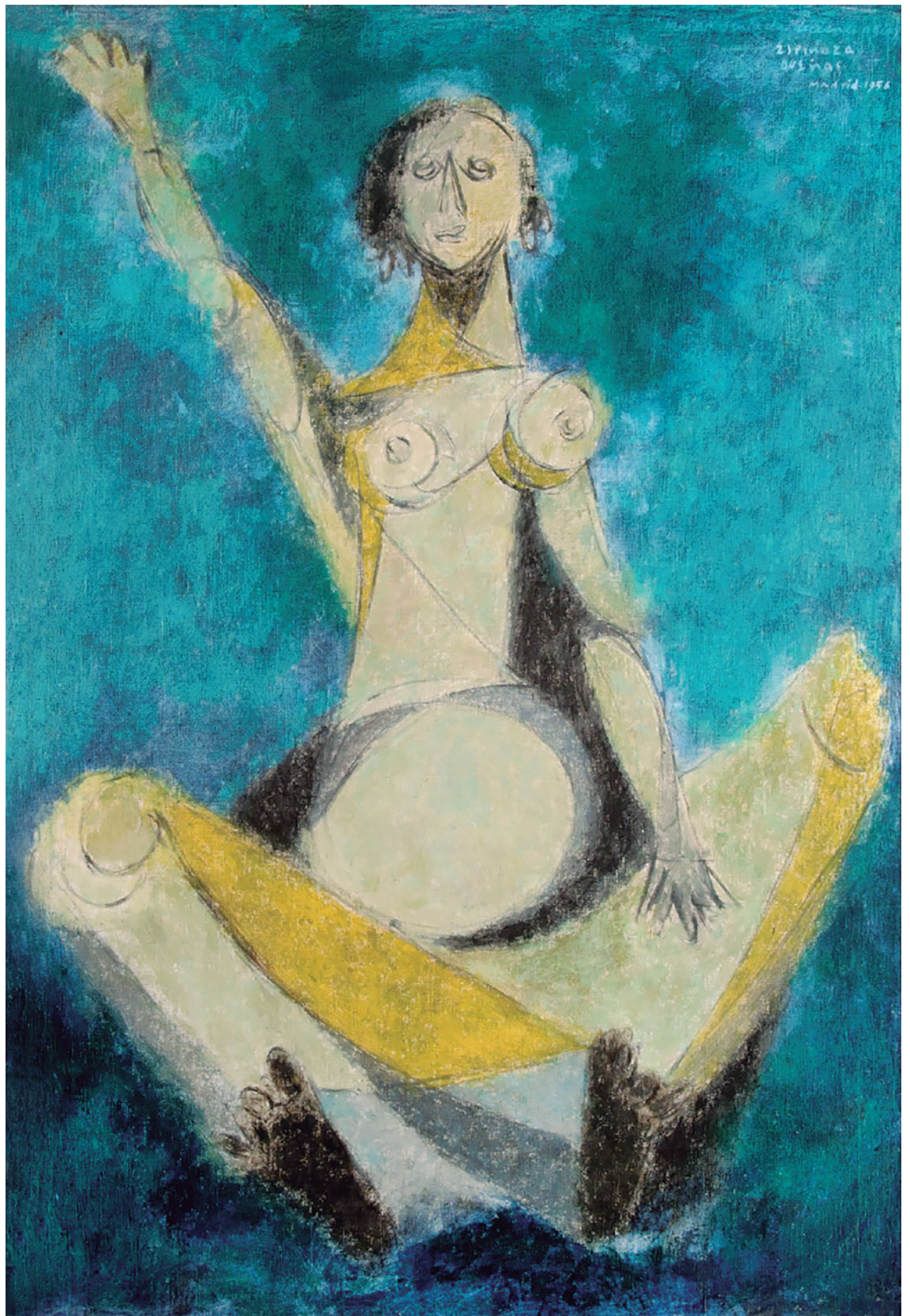
FRANCISCO ESPINOZA DUEÑAS
(Lima, 1926-Carmona, 2020)

Espinoza



ÍNDICE

GEORGINA HERRERA	5
<i>Oriki a Georgina Herrera</i> por Aída Elizabeth Falcón Montes	23
<i>Réquiem</i> por Ignacio T. Granados Herrera	31
LEONEL ALVARADO	37
SARA ROBBINS	47
J. R. BARAT	57
GIOVANNA POLLAROLO	65
JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA	77
JORGE NÁJAR	85





GEORGINA HERRERA

Y SIEMPRE ES HOY

Así, de pronto, supe que
tengo una garza herida en las dos alas
dentro del corazón.
Con sus dos alas rotas
no puede alzarse, pero vive.
Me es útil. Añora el agua. Por ella
a veces lloro largo rato, a ver si cree
que tiene cerca el mar.
No le he visto el color, pero la siento
de un leve gris. Le canto
para que duerma y nunca
duerme, recordándome cosas.
Con sus plumas me susurra:
«Hoy es día de amar
y siempre es hoy».
Otras veces me dice
que un búho huérfano y enfermo
aconseja a los hombres
que besan sin amor a las muchachas.
Por ella
no conozco el rencor.
El pajarillo herido, acurrucado

en mi tibio rincón
no puede alzarse, pero ama,
y me transmite su amoroso tiempo.

De G.H. (1962)

ES FÁCIL OLVIDAR LA DICHA

Ser feliz es como vivir al día;
suena la dicha
dentro del corazón
igual que música.
Pero se gasta. No deja
ni un sonido amable.
Es fácil olvidarla.
Sin embargo, la pena...
es otra cosa.
Asible y fuerte.
¿Alguien puede zafarse de su abrazo?
Resulta ser como la tumba;
se entra
en su interior y no se sale.
Es la casa de siempre. Hace
que seas cadáver
y doliente a un tiempo.
No vives ya y te lloras,
te reclamas sabiendo
que todo es tan inútil
como tratar de recordar la dicha.

De *Gentes y cosas* (1974)

MÍNIMO ELOGIO PARA MÍ MISMA

6

A los que la conocen, digo:
Permítanme
este elogio por Georgina,
por su oficio de lámpara pequeña,
porque, dócil,
a tu capricho, vuelve
al primer día de amor sobre la tierra.

A MODO DE FORTUNA

Mis dos hijos, recuerden:
La Alevosa, Dueña del Sueño Artero,
no descansa en su acecho. Temo
no ser, de pronto, un día,
este amoroso animal del que son dueños
primeramente ustedes,
sucesivamente el arco iris,
las tardes como esta, el río,
los relámpagos...
Cuando
la que Juega Conmigo y Gana Siempre
llegue por fin, lloren con ganas.
He padecido
de amor irremediable hacia la vida.
Ahora, a modo de fortuna,
granos de sol y luna, entremezclados,
para el más bello atardecer les dejo.

EL PARTO

He aquí que la cigüeña,
el patilargo pájaro de la mayor ventura,
desde hoy, acaba
sus funciones.
Mi realidad la deja sin empleo.
En el vasto salón
del fabuloso frío artificial,
acorralada
por el dolor más grande
y la más grande dicha por venir,
hago milagro.
La ciudadana de París recoge
su largo pico inútil, su bolsa maternal,
su historia, sus dos alas.
Ah, y su largo, su inventado viaje.
Prefiero el parto.

CARTA A CÉSAR VALLEJO

César, a mis dos hijos
usted los tiene echados a perder.
Se comen el azúcar,
la derraman. Resultan
magos en eso
de desaparecer el chocolate;
la leche condensada dura menos
que un relámpago, y el cuarto
en que vivimos
es un montón de dulzura derramada.
Y yo, Vallejo, viéndolos
así, y al mismo tiempo, así, acordándome
de aquel poema suyo sobre cuando
se le hizo imprescindible
robar un poco –no recuerdo si de azúcar
o qué otra cosa por el estilo–. Digo, César,
cuando pienso en esos versos suyos
y los uno en la memoria al día
en que recibí una tremenda entrada de chancletazos
solo porque
se untaron mis dos manos con un poco
de la escasisima leche de mi casa.
César Vallejo, todos los recuerdos
los apretujo queriendo
hacer de este corazón una latente
gota de mermelada, un grano mínimo, sangrante
de caramelo, para
que mis dos hijos lo devoren.
En fin, Vallejo, no solo echa
usted a perder a mis chiquillos
sino que me transforma,
a pesar de los años,
en un montón pequeño de sustancias, dulcemente
a punto ya de deshacerse.

De *Granos de sol y luna* (1978)

ÁFRICA

Cuando yo te mencione
o siempre que seas nombrada en mi presencia
será para elogiarte.

Yo te cuido.

Junto a ti permanezco, como el pie
del más grande árbol.

Pienso

en las aguas de tus ríos y quedan
mis ojos lavados.

Este rostro, hecho
de tus raíces, vuélvese
espejo para que en él te veas.

En mi muñeca

vas como pulsa de oro
—tanto brillas—; sueñas
como escogidos cauríes
para que nadie olvide que estás viva.

Todo sitio al que me dirijo
a ti me lleva.

Mi sed, mis hijos,
la tibia oleada que al amor me arrastra
tienen que ver contigo.

Esta delicia de si el viento suena
o cae la lluvia
o me doblegan los relámpagos,
igual.

Amo esos dioses
con historias así, como las mías:
yendo y viniendo
de la guerra al amor o lo contrario.

Puedes

cerrar tranquila en el descanso
los ojos, tenderte
un rato en paz.

Te cuido.

LA POBREZA ANCESTRAL

Pobrecitos que éramos en casa.
Tanto
que nunca hubo para los retratos;
los rostros y sucesos familiares
se perpetuaron en conversaciones.

MAÑANA ÚLTIMA

En la habitación, de la que ha sido
dueña hasta ese día,
la instalan, como si fuese una extranjera.
Callada, como siempre,
está ahora
en la esquina más breve de su cuarto.
Con tanta luz como no tuvo nunca,
entre flores pobrísimas, entretiene
su obligatorio ocio, desde
una mañana hasta la otra
en que sin reverencias, sin adioses,
más callada que nunca
deja que la lleven a otro sitio,
distante del planeta
que con los hijos y el marido hizo...
Y así empezó mi asunto con la muerte.
Seguro que hubo amor,
pero escaseaba el tiempo de mostrarlo
y hacer que lo entendiera.
Y, a partir de ese día
todo fue ya inútil. Se hizo tarde
para sentarnos a hablar y conocernos
cuando yo fuese mayor y ella más vieja.

RETRATO ORAL DE LA VICTORIA

Qué bisabuela mía esa Victoria.
Cimarroneándose y en bocabajos
pasó la vida.
Dicen
que me parezco a ella.

De Grande es el tiempo (1989)

EXHUMACIÓN

No es impresionante,
es triste.
Es un poquito de basura
que una vez besaste y sabes
que hacerlo ahora no servirá de nada.
Una simple verdad: un montoncito
lamentable
de vértebras que saltan
de su lugar, que huyen,
se esconden y no puedes
hacer otra cosa que asombrarte.
No hay mimos, travesuras,
nada.
Lo otro, cuanto
ves en museos,
esos hallazgos impecables,
lavados
en exquisitas pócimas,
es un dibujo, una joyita,
un cuento
de caminos.

De Gustadas sensaciones (1996)

DIOS DE MI CASA Y DE MI SANGRE: OLOFI

Familia negra en la que no hubo
mezcla alguna:
negros los ojos, la piel, el pelo duro;
y el alma, pura,
casi salvaje, porque
el origen era la selva.
Hablo de los que me antecedieron.
¡Qué pobreza de hogar!: en las paredes
solo un retrato. Colgaba un Cristo rubio,
impuesto
sobre la piel a quemaduras
desde quién sabe cuándo.
Y así, las cosas
no entran o entran mal.
Pero a ese pobre hubo que amarlo,
nos daba pena verlo
no sabiendo qué hacer: si bendecirnos,
morir de nuevo o huir.
Éramos, somos buenos, así que
casi por lástima lo aceptamos,
lo dejamos así, en su sitio eterno.
Pero en la sangre, a su albedrío,
frenando potros o soltándolos,
fundiendo soles, apretando lunas,
saliendo, entrando y, como el viento,
nunca tranquilo,
un solo rey universal: Olofi

EL TIGRE Y YO, DURMIENDO JUNTOS

12

El tigre tuvo sueño,
se echa junto a mí, se duerme
como un regalo inusitado; tiendo
la mano y lo acaricio.
Dichosa es esta mano que se pierde

entre el dibujo de su piel.
Me arrimo aún más.
El tigre es tibio y manso. Pego
mi oído a su corazón.
Apenas late. ¿Cómo
puede ser tan pausado
el corazón del tigre?
Entre él y yo no hay selva,
tempestad ni miedo;
ninguna distancia nos separa.
Respira suave, huele
a cerezas el aliento
de este animal que amo y cuido.
Ahora se mueve; vuélvese
al otro lado, no despierta,
pero temo
que el sueño acabe.
No el del tigre, el mío.

MORIRSE ES MALO

Lo malo de la muerte es ese llanto,
no el de los que se quedan;
a esos, la misma vida
les devuelve la risa poco a poco.
Hablo de los que nunca ya.
Yo pude ver en sueños
lo malo que es morir.
Te la pasas llorando todo ese tiempo,
todos cruzan llorando por tu lado,
nadie da consuelo
porque nadie lo tiene,
y pasamos sin ver a los que amamos
y ellos igual... sin vernos.
Nada de bienvenidas,
no se hacen preguntas,
la palabra es el llanto.
Llegas
a ese lugar que no se sabe dónde

queda ni lo que es,
ligera, como en vuelo,
sin venir de algún sitio
ni andar a otro,
ni estarse en paz,
llorando.

Así es la muerte:
sin besos, sin abrazos,
sin odio, sin amarse,
sin nada,
llorando todo el tiempo.

SUPE CUANDO FUI FELIZ

Yo supe
cuando fui feliz;
así que ahora
no me estrangulan diferentes soledades.
Yo fui una vez una muchacha hermosa
que anduvo con sus hijos:
una en los brazos, de la mano
el otro.
A veces los dejaba para verte,
para que fueras dueño de mi cuerpo.
Entonces, una mano mía
entre las tuyas se cerraba
y, no sé cómo, pero
ya habías puesto en ella
la llave del Universo.
Para decir qué era
busco y no encuentro las palabras.
Sé que sobre mi cabeza
se desplomaba la Osa Mayor,
la más pequeña, la mediana, todas.
Era mi felicidad.
Luego
regresaba a mis hijos
y todo era mucho más que la felicidad.
Esos momentos,

los fui guardando. Ahora,
al cabo de tanto tiempo, tanta ausencia
y tanto no sé ni cuántas cosas,
en las noches
lo toco todo en la memoria
como si estuviera bajo la almohada.

MUCHAS, MUCHAS VENTANAS

En la casa que necesito para vivir
solo quiero una puerta
pero, muchas, muchas ventanas.
Para irme y llegar de cualquier sitio
con una puerta basta,
pero... ¿cómo
estar pendiente de la lluvia,
de lo que puede el viento,
del dibujo de luz que, a su capricho,
trazan
los relámpagos,
del pájaro que llega y se detiene
con mensajes-turquesas en sus alas?
Necesita mi casa
muchas,
muchas ventanas.

ORIKI PARA LAS VIEJAS NEGRAS DE ANTES

En los velorios
o la hora en que el sueño era ese manto
que tapaba los ojos
ellas eran como libros fabulosos abiertos
en doradas páginas.
Las negras viejas, picos
de misteriosos pájaros,

contando
como en cantos lo que antes
había llegado a sus oídos.
Éramos, sin saberlo, dueñas
de toda la verdad oculta
en lo más profundo de la tierra.
Pero nosotras, las que ahora
debíamos ser ellas, fuimos
contestonas,
no supimos oír; tomamos
cursos de Filosofía,
no creímos.
Habíamos nacido demasiado cerca
de otro siglo. Solo
aprendimos a preguntarlo todo
y al final, estamos sin respuestas.
Ahora, en la cocina, el patio,
en cualquier sitio, alguien,
estoy segura, espera
que contemos lo que debimos aprender
Permanecemos silenciosas,
parecemos tristes
cotorras mudas.
No supimos
apoderarnos de la magia de contar
sencillamente
porque nuestros oídos se cerraron,
quedaron tercamente sordos
ante la gracia de oír.

AMIGA AMARGA

El gris perenne
ya no le viene bien a nadie
en ningún sitio, tiempo ni suceso.
De vez en cuando
sé un poco azul, como el planeta
visto por los que viajan desde el cosmos,
y sé también

la luz rojiza que se aleja y vuelve
por las tardes;
o, tal vez morada, como el miedo...
y verde a veces, verdes distintos,
tiernos, intensos,
verde según lo que desde la tierra
hacia el espacio brote y crezca.
Surge después de la llovizna,
sé arcoíris
y nube, aunque si arrecia el viento
en él te enredes y hasta disuelvas.

De Gatos y liebres o Libro de las reconciliaciones (2009)

HIJA BUSCANDO LA RISA DE SU MADRE

Si la encontrara,
conservaría la risa de mi madre. Paso
el tiempo buscándola y lo pierdo.
La risa tiene un ruido
como de fuego que no apaga nadie.
Por donde ando y busco está el silencio.
Orientada hacia el sol,
sobre su luz indago: un resplandor siquiera...
Obligada regreso hacia las sombras.
Hice un espacio en mi aorta, como urna;
en él preservaría algún momento
en que mi madre haya sonreído:
¿Sobre el fogón tal vez? ¿Con su destreza,
blanqueando entre la espuma
las diarias suciedades?
¿En sus escasos sueños? Quién lo sabe.
Tal vez, si hubiera fotos, encontrara
aunque fuera algo como una cruz
o una ironía
al centro o a un costado de sus labios.

De Gracias a la muerte (2016)

AUTORRETRATO EN TRES VARIANTES

1

SOLO EL ROSTRO MUY SERIO

No sé.
No sé tragar en seco, dar
vueltas alrededor de la verdad
hasta marearme
de mentiras.
No sé a qué saben
los buches amargos día a día,
ni sonreír
si no me llenan las ganas verdaderas.
Al parecer, no sé
vivir como los sabios.

2

SENTADA Y REFLEXIVA

Me dicen: «canta», pero,
desafinada hasta el peligro,
no puedo ser zorzal ni alondra
ni jilguero. ¿Trino?
De nadie.
Me gusto así: legítima, apacible.
Para ser yo tengo esa mezcla
de jazmín, abeja y sol
en un disfrute
que inquiete a los demás
para guardarme y recordarme.

3

DE PIE, SONRIENDO

Terca seré tal vez, o vanidosa.
¿Quién lo sabe?
Pero me gusta ser quien soy,
lo que aparento.
Amo mi nombre; la hora
del día en que nací la beso
y bendigo, le agradezco
este gusto a ternura que pusieron
en mi boca, como dote
inusual, irreplicable.

ÚLTIMO DICIEMBRE

Cerca, muy cerca ya de mí
tiene que andar «la que quisiera lejos».
Me siento frágil.
La novedad de un frío diferente
me hace temer.
¿Con miedo yo? Lo afronto, pero...
¿Dónde buscar refugio?
Y el pensamiento certero va
hasta mi madre,
aquel diciembre por primera vez, ya lejos.
Su vientre, su tibieza
desde entonces en su misión de amparo.
Aún yo por nacer
percibía
lo mismo que me envuelve ahora:
ruidos
de flor de Pascua, de amor cubriéndome.
No había temblor entonces
ni este miedo insistente.
sentí el gozo de un diciembre antiguo
desde el materno vientre.
Qué diferentes sensaciones. Si pudiera...
Pero ella no está. Cuanta distancia
desde entonces, en la primera vez del frío
de diciembre
hasta esta vez, al parecer, el último.
¿Estoy a la mitad de qué camino?
Dos veces huérfana: sin hijos y sin madre.
Es un momento intenso.
¿Hay que pedir perdón o darlo?
Sin dudas
está llegando el último diciembre.



© JUANAMARÍA CORDONES COOK

Georgina Herrera

ORIKI A GEORGINA HERRERA

ADUEÑARSE DE LA PALABRA, CONJURAR LA EXCLUSIÓN

AÍDA ELIZABETH FALCÓN MONTES

«No hay marcha atrás. Hay que acostumbrarse a los dolores en los huesos, a sentirse lenta, pero estoy lúcida y escribiendo». Con estas palabras, escritas en 2018, iniciaba Georgina Herrera uno de los tantos correos que nos intercambiábamos. En ellos siempre me hablaba de la poesía y de la vida o de la vida y la poesía que, en su caso, estaban ligadas de forma indisoluble. La lucidez era uno de los rasgos principales de la personalidad de Georgina y este afloró en ella desde muy pequeña, cuando con ocho años y de manera casi instintiva, comenzó a escribir en Jovellanos (Matanzas), la ciudad en la que nació el 23 de abril de 1936. Su capacidad de observación y la contemplación de los detalles más ínfimos fue el modo que halló para entender el mundo que la rodeaba. Así, la escritura vino en su auxilio, rebelándose ante la pobreza y la discriminación racial. En esta etapa temprana, como bien relatará Herrera, comprendió el significado de ser pobre y, sobre todo, ser negra. Por esta razón, rechazó su cuerpo: «quería ser blanca, y para lograrlo, a escondida de mi mamá, me planché el pelo y ¡me quemé! Con un palito de tender la ropa me prendí la nariz para ver si se me estiraba y ¡pasé tremendo dolor!»¹. La agresión hacia su propio cuerpo hizo que este se convirtiera en el soporte textual primigenio a través del cual nos habló del dolor. Es a partir de este instante que se gesta en ella un discurso esencial, en el que toma conciencia del lugar que ocupa en su casa y en la sociedad por su condición de mujer, pobre y negra. Se produce un proceso de reinención y reivindicación identitaria mediante la literatura, que consigue encausar cuando, en 1956, abandona Jovellanos y se establece en La Habana. Es allí donde, a través de sus escritos, hace pública su visión de todo lo que le afecta y rompe con las ataduras familiares.

Cuando llega a la capital, cumple una de sus mayores aspiraciones e intenta encajar los grandes conflictos personales que la acompañarán siempre: la muerte de su madre, la actitud autoritaria del padre, su papel dentro del núcleo familiar y la miseria. Todo ello se traduce en una ira contenida por el ambiente en el que había transcurrido su infancia: «era una persona llena de roña e impotencia»². No obstante, y aun cuando su aventura habanera no estuvo exenta de dificultades, pues tuvo que trabajar como empleada del hogar para subsistir, se abrieron ante ella otras oportunidades como la de estudiar en una escuela nocturna de secretariado. Asimismo, pasa a formar parte del grupo Novación Literaria del periódico *Prensa Libre*, en el que publica varios poemas.

¹ *Golpeando la memoria. Testimonio de una poeta cubana afrodescendiente* (en coautoría con Daysi Rubiera. Ediciones UNIÓN. La Habana, 2005).

² *Idem.*

En 1961, entró en contacto con los miembros de Ediciones El Punte, que fue, según me confesó por correspondencia en 2014, «una bendición» por la manera en la que congenió con sus integrantes: «los que trabajaban en esa editorial se interesaron en mí, me enseñaron muchas cosas. Me decían que mi poesía era buena, pero que había que trabajarla porque la poesía no era solo inspiración [...] Me ayudaron mucho. Me dijeron “te vamos a publicar un libro”, y así salió mi primer libro, *GH*»³.

GH vio la luz en 1962 y, aunque utilizar las iniciales de su nombre para titularlo no fue una idea de la escritora, será un rasgo definitorio de su producción, como podemos apreciar en su corpus poético, donde emplea la letra «g» y omite la «h» de su apellido: *Gentes y cosas* (1974), *Granos de sol y luna* (1978), *Grande es el tiempo* (1989), *Gustadas sensaciones* (1996), *Gritos* (2004) *Gatos y liebres o libro de las conciliaciones* (2009) y *Gracias a la muerte* (publicado dentro de *Poesía Completa*, 2016). En realidad, las iniciales de Georgina Herrera, más que una constatación de autoría, son una rúbrica sobre su nombre propio, un cuño imborrable y de enunciación de un yo pleno y orgulloso.

El ejercicio de narrarse fue una labor difícil e inconclusa para Georgina Herrera, que la ocupó toda su existencia, pues en la medida en que se pensaba, ella también se asumía, como se puede constatar en varios de sus poemas, en forma de autorretratos: «Mínimo elogio para mí misma» (1978), «Elogio a mi retrato» (1989), «Autorretrato» (1996), «Primera vez ante un espejo» (2004), «Segunda vez ante un espejo» (2009) y «Autorretrato en tres variantes», poema que me envió en abril de 2018, inédito hasta ahora, en que se publica en estas páginas de *Palimpsesto*. En este sentido, cobra especial relevancia «Primera vez ante un espejo» (2004), texto que surge tras contemplar la poeta unas máscaras africanas en casa del etnólogo cubano Rogelio Martínez Furé. Georgina Herrera se reconoce en esas figuras: «me hice plenamente consciente de mi identidad racial»⁴. Las máscaras cumplen para ella la función del espejo, se muestra como una réplica metafórica y la lleva a autorrepresentarse, ligada física y espiritualmente a su genealogía femenina. El último poema en el que aborda esta temática, «Autorretrato en tres variantes», confirma la percepción que tenía de sí misma.

Su camino hacia la construcción personal implicó también una mirada hacia sus orígenes africanos, sobre los que cimentó su otra nación. Es allí, en África, donde encuentra el ejemplo de su abuelo —que luchó en la Guerra del 95 con las tropas de Maceo, junto a otros mambises— y la vivencia como mujer esclava y cimarrona de su bisabuela Victoria. Pero es, sin duda alguna, la trayectoria de estas mujeres la que se convertirá en paradigma y fuente imprescindible para su obra, dados la serie de conocimientos y modos de comportarse que la poeta adquiere a través de los relatos que ellas le cuentan. La sabiduría de ese universo transferido en infinidad de charlas, la indujo a preservarlo, para reverenciarlas, en dos poemas

³ Idem.

⁴ Idem.

que han merecido la atención de la crítica: «Retrato oral de la Victoria» y «Oriki para las negras viejas de antes». La autora dialoga con su pasado ancestral y lo hace una vez más para aceptarse. Por tanto, los cuentos y credos de esas ancianas, el testimonio de su tía abuela y de su abuelo, adquieren la categoría de una cita de autoridad. Herrera emprendió una peregrinación infatigable en busca de esa identidad africana, tantas veces segregada, y convirtió lo personal en público para construir con sus versos la patria etnológica de la que habla Benítez Rojo. El sentimiento de ser cubana está marcado por la africanidad que deriva en un nacionalismo íntimo, situado siempre en los márgenes de la construcción de una nación que, por miedo a lo negro, obvió en ese proceso uno de sus eslabones más importantes. Así pues, la poeta exigió que no se olvidaran las consecuencias del sistema esclavista como origen de las grandes fracturas de la pregonada unidad nacional y reclamó un lugar en la historia para los que consideraba hermanos suyos.

La mitología afrocubana también es recreada en algunas de sus composiciones, motivo por el cual el mundo de los dioses aparece ennoblecido, como en el caso del poema «Oshún» (2004), deidad africana sincretizada con la Virgen de la Caridad del Cobre, dueña de las aguas y patrona de Cuba. Junto a este mito, aparece además el de Oggún, a través del poema «Para festejar a Oggún» (2004). De nuevo, nos descubre un retazo vivencial al describir los preparativos que una santera pobre de su pueblo, Joaquina, emprende para celebrar una fiesta en honor a este orisha, que representa la fuerza y se simboliza portando un machete. Debemos recordar que los orishas fueron los guardianes a los que se encomendaron los negros emigrados a Cuba y la metáfora trascendental que les permitió refugiarse ante las injusticias y exorcizar el miedo a la muerte. Esta mitología es solo el reflejo del acervo cultural de un pueblo que intentaba dar sentido y orden a una vida caótica. En esta misma línea, «Dios de mi casa y de mi sangre» (2004) ofrece nuevas claves interpretativas con respecto a los dos poemas anteriores. En los primeros versos, la autora manifiesta el orgullo por su procedencia genuinamente africana: «Familia negra en la que no hubo / mezcla alguna / negro los ojos, la piel, el pelo duro». La siguiente estrofa nos traslada a su hogar, frente al retrato de un «Cristo rubio / impuesto / sobre la piel a quemaduras / desde quién sabe cuándo». En el Cristo enmarcado se concentra la frustración por el sometimiento a unas creencias y cultura dominante: «pero a ese pobre hubo que amarlo / nos daba pena verlo / no sabiendo qué hacer; si bendecirnos / morir de nuevo o huir». En su casa, la escritora se nutrió del lucumí, el lenguaje yoruba de los negros procedentes de esa zona de Nigeria y el de su entorno familiar más cercano. Resume su vivencia en el poema «Ibu Sedi» (2004), que significa Yemayá, diosa dueña de las aguas marinas, cristianizada como la Virgen de Regla. El texto, que es un canto a sus mayores, a su lengua y a la orisha, entrelaza el habla lucumí con el castellano, en el que da gracias a Yemayá, la deidad de la cual se considera fiel devota e hija espiritual: «En lengua de mis mayores / digo todo / lo que a mi Madre Única complace». Para Herrera, ser lucumisa es un honor que ya le habían otorgado las negras viejas de su familia, como relata en su autobiografía: «Me ponían las manos en la cabeza y me decían “tú son lucumisa”. Aquello era como una distinción, me lo decían a mí nada más,

pero solo después de mucho tiempo pude entender su significación»⁵. Los vocablos *lucumí* como *ifefe* (viento), *okableba* (millo) o *iré* (bendiciones) contribuyen a entender la carga emocional implícita en el poema y conducen a ese acto de devoción, reciprocidad y comunión con Yemayá: «vuelvo a llamarla y viene desde el fondo de los océanos».

El discurso de Herrera trasciende la intimidad personal y se transforma en un acto de reparación psicosocial, que queda de manifiesto nuevamente tras su incorporación en 1963 a Radio Progreso, la emisora más importante, y en la que trabajó durante cuarenta años. En este periodo combina su faceta de poeta con la de guionista, incluyendo en sus radionovelas la problemática racial de la isla. Herrera construye personajes femeninos que invitan a percibir a la mujer negra más allá del aspecto sexual y la hace evolucionar con otros signos: «Los temas que me han gustado trabajar son los relacionados con las mujeres. Dentro de los espacios históricos, era maravilloso descubrirlas, hacerlas visibles, poner en evidencia lo que para otros y otras pasaba inadvertido, sacar, a través de los diálogos, todo el esplendor que llevaban dentro»⁶. Este compromiso abarca además el ámbito histórico, de ahí que realzara la figura de personajes memorables de Cuba, otras islas del Caribe y África, con el afán de dar a conocer los pasajes en los que la población negra tuvo un papel preponderante y que se hallan en algunos de sus poemas como «Canto de amor y respeto para Doña Ana de Sousa» (1989), «Fermina Lucumí» (1989) y «Respeto, presidente Agostinho» (1978).

Pero junto a los ejes temáticos de carácter social, que nunca abandonará, aparecen también los de índole más personal, donde se nos muestra a una mujer que ha disfrutado del amor, la maternidad y ha sufrido por la pérdida de su madre y su hija. La muerte ocupa un lugar crucial en la obra de Herrera. Desde que escribiera *GH* en 1962, lo único que hizo fue acomodarla con los años y resignarse con los efectos que le provocó: «sobre esto tengo una amarga e irremediable experiencia. Las personas que más he querido ya están muertas [...] se nos quedaron cosas por decir, asuntos que aclarar y ya no hay remedio»⁷. Su primer encuentro con la muerte se produce a los catorce años, cuando pierde a su madre y se quiebra para ella un vínculo fundamental de manera definitiva. Con todo, María Luisa, que así se llamaba, ya se había ausentado para la poeta muchos antes. Este distanciamiento que Herrera no comprendía en aquel entonces, le ocasionó un sufrimiento tan profundo que no lo pudo superar. Su mirada de niña, adolescente y adulta le devolvían el mismo mutismo del que siempre se lamentó. Sin embargo, el fallecimiento de su progenitora no solo le dejó muchas incógnitas, sino que también recolocó su estatus, ya maltrecho, dentro de la casa, al pasar a ocuparse de las labores hogareñas y los hermanos pequeños. Herrera asume esa carga en contra de su voluntad, y dicha situación desata en ella tal impotencia que su carácter queda definido en gran medida por ello. La convicción de no ser nadie ni significar nada

⁵ Idem.

⁶ Idem.

⁷ Idem.

para los suyos se prolongó hasta la edad adulta. Siempre que hacía referencia a la relación con su madre, utilizaba dos palabras: «difícil» e «incomunicación». Georgina no podía comprender en aquella época por qué esta la privaba de su parcela de cariño y como tal la juzgaba: «Si la hubiese comprendido desde la observación de una niña, hubiese sido yo menos desdichada, no hubiera sido poeta o, de serlo, no te emocionaría. Como niña yo no observaba, recibía continuos mensajes equivocados», me comentó en una carta de 2014. Como cabe esperar, en su obra expone uno de los capítulos más amargo de su existencia, a través de cuatro poemas inspirados en su madre: «Mami» (1974), «Mañana última» (1989), «Hija buscando la risa de su madre» (2013) y «Último diciembre» (inédito que me confió la poeta en 2019 y que se publica ahora por primera vez en *Palimpsesto*). Es relevante la distancia temporal que existe entre cada uno, de casi quince años en el caso de los tres primeros, lo cual demuestra la latencia de un conflicto que la recorrió hasta el final de sus días. El primero, «Mami», resume la desolación de la poeta, que aún pide explicaciones a una madre que ya no puede dárselas. María Luisa perdió su identidad cuando se casó y, despojada de cualquier derecho por un marido autoritario, se sumió en un mundo al que ella solo tenía acceso. Su papel en el espacio público y privado quedó anulado. Entre tanto, la poeta aprendió a vivir sin nadie; por eso, el agradecimiento que profesa en el poema a su madre esconde un sentido reproche por la falta de afecto, que condicionó su modo de relacionarse y entregarse a los demás. Inevitablemente, de María Luisa no solo tomó los aspectos que ella consideraba positivos, como cocinar, sino que también adquirió una tristeza que ella denominaba «vocacional». Por esta y otras muchas razones, Herrera aspiró a construir su propia familia, acorde con su manera de pensar, puesto que ella concebía la relación de pareja alejada del imaginario tradicional. Ante todo, privilegiaba su autonomía y, en consecuencia, rechazaba los imperativos de la sociedad de consolidarla bajo la protección masculina.

Los poemas dedicados a lo que significó para Georgina Herrera la maternidad aparecen en su libro *Gentes y cosas* (1974). Quien toma voz es una mujer que ha logrado la completud, que la asume disfrutando de cada instante y de un modo diferente a lo que vivió en el transcurso de su infancia. Los textos en los que Herrera describe esta impronta, «Las dos mitades de mi sueño» y «Los hijos», apenas constan de ocho y nueve versos respectivamente. En ambos condensa los sentimientos que en ella se despiertan con palabras sencillas, pero certeras: «todo el dolor que venga / será pequeño, comparado / a tanto amor creciendo en sus tamaños». El nacimiento de sus hijos, Anaisa e Ignacio, le proporcionó a Herrera la oportunidad de rescatarse a sí misma y la incondicionalidad de los afectos de los cuales fue privada, esa unión que consideraba indefectible y de la que también deja constancia en las estrofas que regala a cada uno de ellos, incluidos en el mencionado poemario, «El tonto» y «Anaisa». Sin embargo, tras esta felicidad conseguida y años después, recibió un golpe inmenso: el fallecimiento de su hija mientras la poeta se hallaba de viaje por Barcelona: «Una tarde muy fría en Barcelona, en 1992, me encontraba acostada, descansando, cuando entre dormida y despierta me pareció ver, sobre la mesa de noche, una fotografía en un portarretrato ovala-

do, como las que se usaban antes para colocar la foto de alguna persona fallecida. ¡Era mi hija Anaisa!»⁸. A los pocos días, Anaisa, perdió la vida en un accidente de tráfico. En sus memorias, la poeta nos relata además este pasaje: «en nuestra última conversación, como le tengo tanto miedo a la muerte y a los aviones, le dije que iba a hacer un testamento. “No hablemos más de muerte”, fueron sus últimas palabras»⁹. Siendo así, el poema «Ultimo elogio como niña» (1989) cobra para Herrera un sentido desgarrador al descubrir que Anaisa lo tenía marcado en su libro y lo había leído muchas veces. Después de este suceso, comienza a narrar la presentida muerte de su hija, abatida y con una honestidad igual de dolorosa. La muerte, a la que tanto teme, irrumpe de nuevo antes de tiempo y rompe otro lazo imprescindible para ella. Cuatro años después, cuando se publica *Gustadas sensaciones* (1996), agrupa bajo el subtítulo *Sensaciones que no merezco*, las lacerantes composiciones inspiradas en su hija. En cada una de ellas deja testimonio de la angustia que la embarga y de la dificultad para aceptar el destino: «He quedado sin cielo, / señor», nos dice y se pregunta desconsolada en los versos finales de este poema, que titula «Duelo único»: «¿Alguien sospecha la medida de este duelo / si es mi beso más alto el que ha caído?» En efecto, nadie puede imaginar el alcance de una aflicción que lloró a través de sus escritos. Al perder a Anaisa, Herrera volvió a experimentar la sensación de abandono de antaño e interpretó su muerte como un fracaso al que tenía que resignarse. Por ello, «Exhumación» es quizás el poema en el que declara su mayor desamparo, al enfrentarse a los restos de su hija durante ese proceso. Estos versos son la alegoría que Herrera hace de la muerte porque la trasciende y se enfrenta a una experiencia humana en toda su crudeza: «Es un poquito de basura / que una vez besaste y sabes / que hacerlo ahora no servirá de nada».

Después del fallecimiento de Anaisa, Herrera tuvo que asimilar la partida definitiva de Cuba de su hijo Ignacio, quien ingresó en la Orden de los Dominicos, aunque posteriormente abandonó los hábitos. Para Ignacio reservó su libro *Gritos* (2004), con esta nota: «a Ignacio Teodoro, mi hijo, mi editor, mi crítico, la guerra que echo diariamente y me da nuevos alientos». El poemario es una recopilación de textos que aparecen en ediciones anteriores. Por la temática a la que se refieren, podemos intuir que, de alguna manera, Herrera quiso depositar en Ignacio su apreciado legado africano o, lo que es lo mismo, una parte indispensable de ella. Pero a pesar de la ausencia de sus seres más queridos, la poeta siguió soñando con esa familia que ella había creado y que las circunstancias le impidieron disfrutar. Como ella misma contaba, mantuvo la costumbre de celebrar las efemérides más importantes: «continué un ritual que teníamos en fechas señaladas, hacer una buena comida y sentarnos los tres a comer. Cuando me quedé sola, ponía la mesa y en ellas las jarras de mi hijo y de mi hija. Con eso me sentía acompañada»¹⁰.

⁸ Idem.

⁹ Idem.

¹⁰ Idem.

El desasosiego que la muerte produjo en Herrera está justificado y asociado a todas las situaciones hasta aquí descritas, pero también por la sensación de proyecto inacabado en la relación con su madre e hija. La poeta se hacía una y otra vez la misma pregunta: ¿por qué? y no encontraba una respuesta satisfactoria, la que le proporcionara la ansiada conformidad con los suyos y sus recuerdos. Recapitando acerca de la muerte, me escribió en 2014: «Un día llega ella, te elige y, tal vez ni sea ella la que decide. Tal vez haya un misterio mayor que es quien ordena. La muerte puede ser nada más que una “lleva y trae” que yo he sentido al perder a una madre joven y a una hija demasiado joven. Ese puede que sea el misterio, que al final siempre se sale con la suya». Su interpretación al respecto es poética y repercute más allá del acto real y natural para convertirse en un ente que Herrera pudo interpelar en su poema «Gracias a la muerte» (2016). En sus versos dejó claro que le estaba agradecida por no haberla convocado, aunque contaba con edad suficiente para ello, «la muerte, contrariada / no entiende / el suave olor de la vejez que asumo».

El 13 de diciembre de 2021, a los 85 años, Georgina Herrera murió en La Habana a causa del Covid 19. Quienes tuvimos la oportunidad de conocerla, sabemos que perdimos a una cimarrona que ha dejado una huella indeleble en las letras cubanas. Es evidente que Herrera ejerció siempre una militancia activa y, junto a otros intelectuales, denunció las actitudes racistas que ella había sufrido tanto en el plano profesional como personal. Posiblemente, esta manifestación de disconformidad y el hecho de desvincularse de los discursos imperantes, la convirtieron, como expresara Roberto Zurbarano, en una de «las voces más desamparadas de la poesía cubana». Herrera no puede adscribirse a ninguna generación o movimiento literario en particular. Su obra corrió por cauces independientes y sirvió como contradiscurso y pretexto para denunciar los grandes olvidos. Detrás de la literatura y del valor indiscutible de su obra depurada, clara y profunda, había una mujer sencilla, con una gran conciencia social. A pesar de las circunstancias vitales por las que pasó y de la existencia humilde que llevaba en la Isla, no anidaba en ella un atisbo de rencor. Hacía mucho tiempo que había sacado partido de la ira y transformado en un elemento fructífero para redimirse. Georgina Herrera actuó siempre guiada por unas convicciones muy sólidas y eso se podía percibir en la labor que llevó a cabo a lo largo de su carrera como escritora. Plasmar toda su experiencia en la poesía le otorgó la voz que tantas veces le fue negada. Ella era rebelde por antonomasia y, a sus 85 años, continuaba reescribiéndose en un intento tenaz de afirmación, como me expresó en un mensaje el 7 de noviembre de 2020: «Sigo con mi enfermiza gana de vivir. Escribo sobre lo que pasa y lo que la gente dice y piensa, sigo repasando mis dos libros de poemas que, como los primeros, empezarán con “g” [...] Son intensos porque con intensidad viví todo lo que en ellos digo. Si llegaran a ser premiados, por uno tendría un viaje al paraíso y por el otro también un viaje, pero al infierno».

Aída Elizabeth Falcón Montes (La Habana, 1969) es licenciada en Filología Hispánica y doctora en Género y Diversidad por la Universidad de Oviedo.

Se ha dedicado al estudio de la representación de la mujer negra cubana en la literatura y la pintura.

*Su producción comprende textos de literatura infantil, cuentos y ensayos, tanto en bable como en castellano. Es autora, entre otros títulos, de **Tía Clara** (2010), **Un susurru** (2010), **Lenteyes verdes na parede** (2012), **Mariposas en los pies** (2012), **«Vencida a veces, nunca prisionera»: identidad y autorrepresentación en la obra de Georgina Herrera** (2015), **La isla de las jirafas tristes** (2018) y **Mujeres que hablan solas** (2018).*

*Prologó **Estos ojos de mirarlo todo** (Libros de la Libélula Nómada, Novelda, 2016), una antología de poemas de Georgina Herrera que la propia poeta afro cubana seleccionó para este sello alicantino, ya desaparecido.*



Georgina Herrera

RÉQUIEM

IGNACIO T. GRANADOS HERRERA

Georgina Herrera fue –todavía es– una de las voces más poderosa de la poesía cubana, y sobresale en los contemporáneos; no es por gusto ni porque los tiempos estimulen la mediocridad, sino porque tiene su propio peso, aunque incomprendido. Desde la imagen de cimarronaje a la de humildad más o menos convencional, su personalidad se diluye en las pretensiones que la rodearon, y que ella –con más inteligencia de la que le acreditaban– pudo sortear, dándole otro alcance a esa imagen de rebelde y fugitiva.

No es entonces que no fuera rebelde y fugitiva, sino que lo era en un modo sutil, superando la etiqueta folclorista; lo era jugando las cartas que le permitió el tiempo para mantener y alimentar el amor a contrapelo de todo. Si una prueba hay de que las mujeres poetas no son sílfides, esta no es la dureza intelectual con que algunas se han impuesto porque el no ser sílfides no implica que renieguen de la femineidad, que la distingue a ella entre las grandes poetas cubanas de todo el siglo xx.

Georgina Herrera fue una mujer que tomó las decisiones de su vida desde muy temprano y nunca soltó sus riendas, ni siquiera cuando eso significaba las contradicciones más graves, que habrían hecho vacilar a cualquier otro. Así, Georgina fue una madre excepcional, pero no tanto por la ternura como por la fuerza e incluso la violencia, con la que no solo mantuvo su puesto entre hombres y mujeres, sino que defendió también el amor de sus hijos.

Por eso, su muerte solo puede revolver el alud de contradicciones que siempre la rodeó, pero igual ella reluce entre todas como una santa que baja del cielo a bendecir a los suyos, que también la reconocen. Eso implica renunciar a lo superfluo, que es también importante pero no tanto como la verdad de ese amor, como igual hubo de hacer ella a todo lo largo de esa vida, en que soportó los elogios –fáciles por falsos– de humildad y sencillez.

Georgina no fue humilde nunca ni cuando bajó la cabeza –rumiando la salida– ante el padre incomprensivo ni cuando reclamó sus hijos como exclusivamente suyos, que fue quizás uno de los gestos más duros y egoístas de la historia de la humanidad, pero explicando cuán complejo es eso del amor. Mucho menos lo fue con algo tan menor –respecto a los hijos– como lo es su poesía, plena de imágenes más inteligentes que tiernas, cuya virtud reside precisamente en la medida con que esa inteligencia se retrae formalmente, para no dañar ese objeto suyo.

De modo incomprensible –o todo lo contrario– se insiste en este aspecto de su humildad, que ella supo superar; siempre hubo escritores tan importantes y más pobres que ella, y se creció haciendo uso de las herramientas a la mano. Siempre habrá imágenes de aparente enigma que la explicarán en su momento, como ese

peligro de dormir con el tigre, no solo del sueño extrañamente plácido, sino incluso la caricia atrevida y la violencia increíble, como la máxima belleza posible de la vida y el amor.

A Georgina Herrera es conveniente –no obstante– mantenerla en esa imagen de simpleza, que permita su manejo, porque otra cosa requeriría ahondar en los entresijos de lo humano, y hasta tocar bordes prohibidos, que ella misma sorteó. La obscenidad cruel y el exceso no fueron nunca parte de su gesto ni su literatura, y una mueca de disgusto habrá escondido en eso; solo el tiempo pondrá las cosas en su lugar, y conseguirá reunir a los suyos en esa materia que es la única importante; todo lo demás es superfluo, ella lo demostró y hay que reconocerle el magisterio porque, en definitiva, su mejor obra fue ser mujer –y en ello madre.

Ignacio T. Granados Herrera (La Habana, 1963), hijo de la poeta Georgina Herrera y del novelista Manuel Granados, ha ejercido oficios tan diversos como sepulturero o constructor en las minas abiertas de la región oriental de Cuba.

En 1994, ingresó en la vida religiosa, con estancias en los conventos dominicos de Santiago de Chile y Puerto Rico, abandonándola en 1998, tras tomar los hábitos como fraile agustino en Miami.

En 1997, fundó Ediciones Itinerantes Paradiso (EdItPar), publicaciones artesanales de poesía y pequeños ensayos. En 2003, realizó traducciones de románticos franceses para el sello La torre de papel.

*En 2010, publicó **Diván de Lezama Lima**, recopilación de ensayos sobre el escritor cubano (Ediciones Iduna, Miami) y creó El Manierista Productions, como extensión de EdItPar. Desde entonces, mantiene todas sus publicaciones en formato electrónico (Kindle) y desarrolla el canal de El Manierista Productions en YouTube, mayormente dedicado a la literatura.*





ESP. VI. 1
2. 1951

Sp. 1. 1/2



97 P. W. 02a - Paris 17

10/10



LEONEL ALVARADO

DE COPÁN A CARMONA

Las cosas más raras de la vida suceden en la vida, dice Margarita Sánchez que solía decir Francisca Aguirre. Qué poco sé de Margarita y de Francisca, y quizá nunca se me dé estar en el número 8 de la calle Alenza; quizá nunca recorra el deslumbrante pasillo por el que entraron tantos para ser recibidos por sus tres habitantes: Francisca, Félix Grande y su hija Guadalupe. Pero la frase me basta, la reclamo como una ganancia de mis mejores pérdidas, y estos nombres que ahora cito y esa calle con su casa y su pasillo también cuentan entre mis ganancias. Y así voy, perdiendo y ganando.

Me resisto a abandonar esa frase porque me deslumbra y revela mi ignorancia. Repito: ganancia y pérdida. Que Margarita y Francisca me tengan paciencia porque esto va para alguna parte; que, por ahora, no se sepa hacia dónde revela mi ignorancia y la de ellas. Que me disculpen, pero apenas vamos por el segundo párrafo. Ah, y no sé si esa frase sea invención de Francisca o si la haya sacado de alguna greguería de Pedro Garfias o de alguna copla; por lo que dicen Margarita, Juan Vicente Piqueras y Francisco José Cruz, parece que Francisca, como buena memoriosa, hablaba en coplas y greguerías.

Todos estos nombres y esta ignorancia deslumbrante salen del número 35 de *Palimpsesto*. Y todos ellos me explican, no solo por la lengua que compartimos (y no creo en ese asunto de las literaturas nacionales), sino porque le suman a mi biografía. No es casual que Machado reaparezca en la poesía de Francisca Aguirre o, hablando de coplas, Catulo en los boleros de Agustín Lara. Cada quien es suma

y resta de los muchos que ha sido o no ha llegado a ser. Y esto sirve para lo que se escribe: uno entra con su biografía, sus coplas, sus mitos y les va dando forma, los va traduciendo en un ejercicio que tiende a ser imperfecto.

La insistencia en esto de la ignorancia no es gratuita. Siento que se escribe desde una posición de ignorancia; el poema arranca, a veces de una imagen, un acertijo, y lo vamos siguiendo sin saber (es mi caso) por qué rumbos se irá. Esta operación (es mi caso) puede durar años, lo que me vuelve completamente anticapitalista por improductivo. Pero también ocurre que uno llega a Barajas y en una escultura de Guayasamín lee un par de versos de Miguel Hernández (*alrededor de tu piel, ato y desato la mía*) y se desanima y le parece una falta de respeto seguir escribiendo si hubo al menos uno (y los hay tantos) que ascendió a esa profundidad.

Mucho antes de haber llegado a Barajas, yo ya había encontrado a Miguel Hernández en San Jerónimo, Copán, un pueblecito del occidente de Honduras. Incluso, mucho antes de leerlo porque sus acertijos luminosos estaban en las historias contadas en el corredor de la casa, entre cuentos de aparecidos, parábolas bíblicas y mitos mayas. Allí mismo, las novelas sentimentales de Diego de San Pedro se me aparecían, también sin saberlo, en las radionovelas mexicanas. Me rodeaba tanta maravilla, pero era más grande mi ignorancia; eso no ha cambiado. No sabía, para el caso, que en la luz amarillenta del candil (en el pueblo no había electricidad) estaba la iluminación del barroco, uno de mis apegos. Esa luz que alumbraba a mi madre cuando entraba al cuarto se me apareció después en la pintura de Rembrandt. Cosa rara, como dice Francisca: no sabía que San Jerónimo, Copán era también un pueblo holandés.

Quiero creer que mi poesía no es más que una consecuencia posible de esas mitologías, aunque, al reinventarlas, quizá también las traicione. No me faltan las excusas para ejercer esa traición: el peso de la edad y, sobre todo, la pesadez, a veces brutal, del destierro. Y ahora que vivo en Nueva Zelanda, uno de los sures más sures del mundo, le estoy cumpliendo este deseo a Francisca: *Correría hasta salirme de la tierra.*

Supongo que, en ese irse tantas veces a nacer a otras partes, uno se va dando cuenta de la inmensidad de la aldea, de lo interminable de ese corredor que ha pasado por Barajas y quizá, de algún modo, por un pasillo de una casa de la calle Alenza. La poesía busca traducir esa inmensidad, esas mitologías, aunque la traducción sea imperfecta. Podría nombrar a tantos poetas que me han acompañado desde que, casi al final de la adolescencia, entré, por fin, en el deslumbramiento de los libros, pero, repito, me basta con una frase que suena a greguería, a copla y, ahora me doy cuenta, a bolero. Todo lo que valga la pena decirse cabe en una frase así. Por eso, me ha espantado que Francisco José Cruz y Rosario Acal me hayan pedido siete u ocho poemas para esta edición porque lo que no pude decir en uno, cómo podría decirlo en tantos.

La frase de Francisca y la esencia del barroco se sustentan, me parece, en el acertijo, ese juego de seria profundidad infantil: ¿Qué es eso de ser perito en lunas?

¿Qué es ese correr hasta salirse de la tierra? Esto, sumado al deslumbramiento de las mitologías, se ha convertido en uno de mis apegos: la metáfora como adivinanza, como eso de alargar la conversación para decir menos o lo de ser capaz de cambiarle el destino a una vaca con unas cuantas monedas. Y los misterios de esa vaca y las historias sentadas alrededor de una mesa son más grandes que cualquier poema, por más que uno intente traducirlos sin que pierdan dignidad.

Y a acertijo podría sonar esto de que alguien de un pueblecito de las Honduras aparezca ahora en Carmona y que hable, como si algo supiera, de Francisca Aguirre, quien permanecía semiextraviada entre los otros brillantes del 50; esa fue una de las cosas raras de la vida que le sucedió en la vida. Y por eso me atrae más. Para invitarles a cruzar calle, corredor y pasillo a través de poemas bienvenidos, generosamente, en este número de *Palimpsesto*, hago mío este decir con el que, según Margarita Sánchez, Francisca remataba sus decires: *Tú vete contando...*

DOMINGO DE SOPA CON LA FAMILIA

Las conversaciones se alargaban
para no hablar de otras cosas.
La política se enredaba en los platos,

ahogábamos el odio al gobierno en la sopa,
a esta ciudad que no deja vivir.
Éramos buenos para los platos, diestros

en el alargue de lo que no queríamos decir.
Si alguien se atrevía a nombrar tristezas,
si alguno quería sacarse su rencor, echar en cara

su desgracia, pedíamos más platos, le metíamos
más política a la sopa, más odiábamos al gobierno,
a esta ciudad que no deja vivir. Hacíamos bien

en sentar a los niños a la mesa para que aprendieran
y les heredaran estas destrezas a sus hijos.
En esto de hablar para callar más

no se improvisaba nada; cada plato tenía
su punto, cada silencio su cuchara.
Al acabarse la sopa y el bullicio, cada uno

se iba, resignado, con su digestión;
entre los platos sucios quedaba, sin haber
dicho palabra, la mala conciencia.

MI MADRE, SU IDIOMA

Dije, bromeando, que cuando era joven,
allá en los años treinta, una vaca
costaba tres lempiras. Se lo oí a mi madre,
quien lo dijo en serio, reclamándonos.

A sus ochenta años le parecían ridículos
los precios de las cosas y nos hacía responsables.
No pude decirle que en sus días se hablaba otro idioma,
que dominaba una lengua de precios también

ridículos que no tenían nada que ver con supervalías,
que ahora tres lempiras no le cambiarían el destino
a ninguna vaca. Mentí para vivir su infancia y sentirme
dueño de ubres, de la facilidad con que llenaría potreros.

Pero tres lempiras no se ganaban en un día.
Una vaca no se entregaba fácilmente;
costaba mucho sudor, mucha espalda
quebrada sobre la tierra.

Eso tampoco lo dije, no entró en mi broma.
Solo conté la fábula, su encantamiento,
para darle razón al reclamo de mi madre
y fingir que hablábamos el mismo idioma.

Que habitara, feliz, ese pasado de ubres
pobremente cotizadas, ese mundo de menos
cifras; que también olvidara lo mucho que costaba,
en esos tiempos duros, tener tan poco.

OPCIONES DE LA LANGOSTA

Metamos al pollo de cabeza al agua hirviendo.
Vivo.

Congelemos al conejo antes de hervirlo.
Vivo.

Ignoremos el aleteo del pato en la olla.
Vivo.

Son las opciones de la langosta y en todas
está viva.

Un distinguido profesor de una distinguidísima
universidad de Maine asegura que la langosta

no sufre porque no siente dolor. Puede hervirse,
congelarse –y esto es más humano– antes de hervirse

o –y esto es mucho más humano– perforársele
el cefalotórax con la punta de un cuchillo antes, claro,

de hervirse. El agua hirviendo es el común
denominador. Se recomienda una olla pesada

para que, en su agonía, la langosta no pueda
derribarla o destaparla, lo que, obviamente,

sería la agonía del cocinero. Por consideración
y en caso de que sí sufran, en algunos países

donde se prohíbe hervirlas vivas, la ley ordena
el método compasivo de un shock eléctrico.

Se multiplican las opciones de la langosta
en su tránsito feroz a la olla. Podría vivir

hasta cien años si no fuera por esos tres minutos
que se tarda en ser hervida viva.

OFICIOS DE LA CARNE

A Adriana y Carlos Martins

El asunto era exhibir la boca
pretenciosa sin su carne,
afanada en jugos que no tenía.

Pasearse por calles que adivinaban
mesas de altos platos, cuchillos afilados,
estómagos complacidos.

Qué alarde de carnes por las calles.
Qué fortuna la del que, en esos días duros,
podía transar en proteínas.

Mirábamos al gran comelón, al que,
entre tanta miseria, pudo llevar hasta su mesa
el amor inalcanzable del carnicero.

Uno se congregaba a verlo pasar
y toda su evidencia era un palillo
que le asomaba entre los dientes.

Qué oficio de esa madera, también
afortunada, rastreando la hilacha
de carne atrapada entre los dientes.

Nos consumían el hambre y la envidia
y corríamos a buscar esa madera mentirosa
para declararnos también dueños de proteínas.

En esa boca fingidora estaba el consuelo
aunque a la boca del estómago
solo bajarán ilusiones.

Eran duros esos días pero nadie se daba el lujo
de exhibir su miseria. Había engaño en esas bocas
pero nadie se daba el lujo de perder su dignidad.

MANUAL DE CHISMOLOGÍA

Alguien vino, sabiendo demasiado,
y nos tiró una jugosa desgracia en la mesa.

La sopa rebalsó, el café comenzó a hervir
en la taza porque alguien se declaró
en bancarota, alguien se pegó un tiro,
alguien escondía un embarazo,
alguien se fugó de casa.

Nos volvimos dueños de esas ruinas
y gozamos del privilegio del enterado.
Dejamos que el veneno se asentara,
que añejara en nuestra conciencia
antes de regurgitarlo en otras mesas.

Otras sopas rebalsaron con su condimento
amargo, otro café hirvió con su terrón
de azúcar venenoso. Dueños de un saber

mal habido nos reunimos a compartir desdichas
de otros, como alrededor de la hoguera
que una vez reunió a la tribu. Hasta que un día

nosotros seamos la del embarazo,
los de la bancarota, el del tiro, el que se fue
de casa. Pero nadie nos vendrá con el cuento.
Para otros será el goce de este canibalismo
a distancia que entretiene y pudre la conciencia.

LA VIDA SIN TETRAEDROS

A Milton Fornaro

Te cuento, Milton, que también me iré de este mundo
sin saber nada de la importancia que adquieren
los sorosilicatos cuando su estructura está formada

por dos tetraedros con un vértice común.

Será más ligero el viaje, y los que vengan
a pronunciar discursos —ojalá que ese día se quedaran
en casa, ocupados en cosas de importancia—
agradecerán mi ignorancia. ¿Cómo les cabrían

en la boca semejantes palabras? Chocarían
los tetraedros con los sollozos, se confundirían
los dolientes. Uno va por la vida sin enterarse

de que quizá en saber algo de sorosilicatos
estaba la clave, que alguna felicidad habría,
algún golpe de suerte, como pasarse de acera
y dar con el amor de la vida o un día levantarse

con suerte y comprar la lotería. Otra fue la vida
sin esos tetraedros. Pero aun así, cargando esa ignorancia,
uno abre puertas, acude a citas, toma café y se enamora.
A cada uno su ignorancia, su vida con sus faltas.

Nadie quiere ser, Milton, el niño de quinto grado,
protegido por la maestra y odiado por sus compañeros
porque sabía todas las respuestas. Que no nos odie

el resto de la clase, aunque la profesora nos quiera
menos. Resignémonos a terminar el quinto año,
a irnos de este mundo vestidos de una
ignorancia digna y memorable.

FUERZAS MAYORES

1

Alguien cumple 50, 60 años,
una de esas edades importantes.

Calculamos mal. Salimos tarde.
El tráfico.

El conejo sale del monte
y no alcanza la otra orilla.

El susto. El golpe. El susto.
Nos miramos.

El conejo calculó mal.
Salió muy temprano o muy tarde.

No paramos.
Alguien cumple una edad importante.

En el resto del viaje no hablamos.
Entramos, con el conejo, en lo desconocido.

Dos decisiones tomadas en un instante.
Dos velocidades mal encontradas.

¿Por qué tenía prisa el conejo?
Lo que fuera importante quedó a media carretera.

Nuestra prisa se justifica.
Hasta nos esmeramos en el regalo.

¿Qué tanto quedó del conejo en el carro?
¿Y en nosotros?

Alguien importante nos espera.
Algo más importante nos acompaña.

2

Llegamos a la hora más triste del conejo, la del salto
en la carretera, el frenazo imposible, la mirada

entre nosotros y ese silencio incapaz de nombrar
nuestra entrada, con el conejo, en lo desconocido.

¿Quién manejaba? Es lo que menos importa. A nadie
se le culpó por haber llegado tarde al pedal.

El pie que no alcanzó a reaccionar no manda

a nadie al infierno. Si hay alguien responsable
entre los dos lo exoneramos. Nadie más sabrá
de esta culpa. El conejo y su salto interrumpido
será solo nuestro. A nadie le iremos con el cuento
de esa salida imprevista del monte, esa parada
brutal detiene-vidas. Allá en los adentros hemos
creado un lugar para guardar, sin nombrarlas,
estas culpas que a veces se aparecen sin que uno
pueda llegar a tiempo al pedal. Se borrará
lo que quedó de ese salto en la carretera. Lavaremos
el carro. Pero los dos sabemos que algo quedó
del conejo en nosotros y que, cuando menos lo esperemos,
habrá una mirada y, en silencio, bajaremos la velocidad
para volver a entrar, dóciles y arrepentidos, en esa hora triste
en la que el conejo saltó del monte a nuestras vidas.

Leonel Alvarado (Copán, Honduras, 1967) es profesor de estudios latinoamericanos en la Universidad de Massey, Nueva Zelanda, donde reside.

*Ha publicado los libros de poesía: **Casa vacía** (1991), **El reino de la zarza** (Premio Latinoamericano de poesía EDUCA, 1993), **Retratos mal hablados** (Mención Especial Premio Casa de las Américas, 2013), **Driving with Neruda to the Fish 'n' Chips** (2014), **Xibalbá, Texas** (Premio Centroamericano de poesía «Rogelio Sinán», 2014), **Estos días se llaman Blanca** (2017) y **El futuro que no fuimos** (2018).*

*Como ensayista ha escrito: **Sombras de hombres** (Premio Centroamericano de ensayo «Rafael Heliodoro Valle», 1992), **Vida y obra de Bulnes el memorioso** (2007) y **El lirismo patriótico centroamericano: himnos, nacionalismo e identidad** (2018).*

***Diario del odio** obtuvo el Premio Latinoamericano de cuento «Letras de Oro» en 1996.*







SARA ROBBINS

EL FRÍO

Papá,
tormenta devastadora,
dolía oírlo,
dejaba marcas en la piel
y llagas por dentro.

Solo en los paseos matutinos del domingo
dejaba anclada, por un rato, su infelicidad.

Mamá,
sábana diurna,
transparente, deshilada,
echada a un lado, inasible.
Solo de noche, ya dormidos,
intentaba cobijarnos.

Yo, la más pequeña de los cuatro,
esperaba despierta sentir su roce.

El mañana se revestiría de lo mismo:
la escuela, pocas amigas,

el regreso a casa,
comer algunos platillos calientes
y sentir el frío.

LECCIÓN DE NADO

Yo tendría cinco años.
Me colocaba en la orilla
y se alejaba pocos metros.

Sonriendo, me animaba a soltarme
y a alcanzarlo nadando.

Estando yo por llegar
se alejaba un metro,
y otro más,
y yo, asustada,
braceaba con desesperación.

Después,
al asirme de él,
con llanto y falta de aire
le reprochaba su engaño.

Él sonreía.

Nunca cedió al impulso
de tomarme en sus brazos
y devolverme a la orilla.
Estuve muchas veces a punto de perder el aire
y él, orgulloso, me esperaba,
confiando en mis piernas y mis brazos.

Pudo ser
un padre cariñoso y protector,
pero le importaba que aprendiera a nadar,
dentro y fuera del agua.

INTUYO

Nunca vi a mi madre desnuda.

Ella con pericia
evitaba cualquier asomo que pudiera reprocharse.

Tampoco le gustaba verse a sí misma,
su pudor le amputaba esa mirada.

Yo de niña insistía en buscarle el ombligo,
labor estéril, pues, según me decía,
lo había perdido conmigo,
su última cesárea.

Desde entonces me sentí en deuda
por haberle robado esa hondura de su cuerpo.

Tal vez la profundidad de mi ombligo
compensó el de ambas.
Apenas ahora que cumple años de muerta,
me percató de no haber observado
sus pies, la forma de las uñas, de sus dedos...
otro eslabón perdido
en el posible registro
de mis correspondencias.

¿De dónde la areola de mis pezones,
la forma de mis nalgas?

Mi hija, desde la adolescencia
con la misma moneda me paga.
No puedo ver cuánto de mí
hay en ella...

Heredó el recato de la abuela.

En esta orfandad corporal
voy y vengo,
intuyendo a ciegas.

NUBES

Sentada junto a la ventanilla del avión
de inmediato entro en el lenguaje de las nubes
con la misma emoción que a mis siete años.

Horas enteras pegada
a la ventana de mi cuarto,
recreando caballos voluptuosos,
duendes,
animales extraños,
cómplices y aliados
en mi huida de la casa de los gritos.

De vez en cuando aparecía
juguetón y escapista
uno que otro avión
y yo envidiaba estar ahí adentro.

¿Se irá de mí,
aquella niña
que poseía la entrada
a ese mundo paralelo,
lejos de los pleitos?

Temo que llegue un día
en que volteando hacia el cielo
solo vea unas masas
de vapor de agua.

TEMLABA A DIARIO

Papá, de regreso del trabajo,
encontraba a mi madre
en pijama, dormida,
desparramando su depresión
en el sofá de la sala.

Verla así desataba
una cadena de insultos
y amenazas en inglés,
su lengua materna.

Ella, de manera atropellada,
intentaba defenderse
en dos idiomas.

A los cuatro hermanos
nos salpicaba y hundía
ese fango bilingüe de maldiciones.

Cada sacudida,
un estropicio
que nos atrincheraba
a cada uno
en su recámara.
No hubo un lenguaje
que viniera a rescatarnos,
hasta que nos resguardamos
en un idioma diferente,
fuera de casa.

DESARRAIGOS

*Dedicado a mi madre y a mis hijos,
que seguramente me dedicarán este poema
dentro de unos años.*

A medida que nos íbamos de casa,
en lugar de ganar espacio,
el hogar de mi madre
se volvía más y más intransitable.

En cada rincón un cenicero,
un platito, una escultura de un viaje,
centros de mesa de alguna fiesta,
nuestras fotos infantiles
junto a muchas de las antigüedades
heredadas de su abuela y de su madre.

Ni nosotros, sus hijos, ni sus nietos,
le dimos tregua,
nunca dejamos de criticarla.

Ahora, a sus ochenta,
todo le estorba.
Al visitarla
nos agobia la desnudez que la rodea.
En nuestras casas
no pierde la ocasión para quejarse
de tantos adornos inútiles.

¿Qué son los excesos,
para quién y en qué momento?

Ahora me lo cuestiono
y de inmediato
una respuesta
me acorrala:

solo uno sabe en casa propia
lo que sobra.

MECEDORA

«La mecedora;
en tierra firme,
vaivén de olas».
SARA ROBBINS

Mi hija tiene una de madera,
ha sido esencial
para las siestas de mi nieto;
por más que se resista
termina cediendo
sus horas de juego
para entrar, entre brazos,
a un sueño acompasado.

Cuando en ella lo duermo,
caemos rendidos
ante la fuerza hipnótica
de su vaivén

y del rechinido que protesta
el ir y venir de nuestros cuerpos.

Yo, que nunca tuve
un caballito de madera,
me contentaba en mi niñez
con el vaivén de la mecedora
para sacudirme el aburrimiento
y el calor sofocante de Monterrey.
La aventura mejoraba
en el regazo de mi abuela,
en el porche de su casa.

Confirmando que no hay columpio
que compense las bondades
de las mecedoras,
ni casa ni familia
que debieran prescindir de ellas.

Entre balanceo y balanceo
siento cómo se distiende
el cuerpecito de Eitán,
y entra al sueño profundo.
¿A dónde iré, confiado,
de que yo lo sostengo?
¿Qué sabrá, sin todavía saberlo,
que puede dejarse ir
estando entre mis brazos?

Se arrellana aún dormido
y sonrío, al tiempo que yo sonrío.
Celebro
estos primeros recorridos juntos
por la ensoñación y el sueño,
como dos viajeros en una balsa,
que sellan un pacto
difícil de romper.

Sara Robbins (Monterrey, 1957), licenciada en Ciencias de la Comunicación Social por la Universidad Autónoma Metropolitana de México, ha publicado poemas y cuentos en las antologías: **Cuatro Presencias**, **Bahía de Juglares**, **Doce Afectos**, **Primavera**, **Vida/Muerte**, y en la revista Siempre. **Siempre hay alguien que ve** (Libro del Marqués/ Textofilia, México, 2018) es su primer poemario.







ES/12020 D. 59 "Diosco" Ep'd'arte



J. R. BARAT

FÁBULA DE LA TELARAÑA DE ORO

La mosca se quedó
prendada de la hermosa telaraña que el aire
mecía entre las ramas del cerezo.
El sol se derramaba
como una flor de almíbar sobre el mundo.
Al trasluz de la tarde
los nudos parecían
diminutas semillas de luz iridiscente.
Los hilos, hebras de oro.
No pudo reprimirse
y se lanzó en picado,
en un vuelo mortal,
por gozar de aquel brillo
mágico en cuerpo y alma.
La mosca se quedó
prendida para siempre en los tentáculos
fríos de la belleza.
La fantasmagoría de la araña
se convirtió de pronto en un sudario.
Tal es la moraleja de esta fábula:

guardémonos de aquella hermosa luz
que a veces nos deslumbra.
Tras ella solo hay sombra.
Helada sombra.

UNA DE BOQUERONES

Por mucho que se empeñe en evitar
la tragedia, el pequeño boquerón
acabará en la panza del atún.
Solo es cuestión de tiempo.
Nació para morir
en las fauces de un pez
más grande que no entiende
de camaradería ni preceptos morales.
La compasión no forma
parte de la cadena de la vida.
No ignoro que el pequeño boquerón
comió también cachorros de sardina
y que el atún es pasto
de escualos y cetáceos.
El pez grande se come al pez más chico.
Así reza la ley, pero la ley
es cambiante y confusa,
sujeta a los vaivenes
del azar y la química,
por lo que no conviene mostrarse desdeñoso
con ningún enemigo potencial.
Las apariencias suelen engañar muchas veces.
Ya no tengo las ínfulas
que tenía de joven.
Ando con pies de plomo.
Cuando miro un gusano
padezco taquicardias.
Empiezo a sospechar
que es más grande que yo.

REFLEXIONES FERROVIARIAS

Los ojos soñolientos
de una mujer madura,
los gritos de una niña,
el gesto de cansancio de un anciano,
los jóvenes que ríen y alborotan.
Pasan las estaciones. Suben, bajan
anónimos viajeros.
Son otros. Son los mismos.
Se repiten las risas, las voces, las miradas.
Al otro lado de la ventanilla
el otoño dibuja una acuarela
de sangre. De repente
caen copos de nieve y su blancura
cubre una lejanía
de aldeas y montañas. Tras el túnel
se ve cómo discurre
un río entre los chopos
coronados de pájaros.
Es mediodía y el verano arde
en los trigos y el cielo es tan azul
que parece un milagro.
Y de pronto la lluvia.
Y otra vez el invierno.
Pasan las estaciones.
La historia se repite, se repite.
Eterno tiovivo de luz y sombra y luz
y de nuevo la sombra
y de nuevo de nuevo.

LOS UNOS Y LOS OTROS

Los ojos de los otros
son como pozos hondos.
Te devuelven la imagen siniestrada
del hombre que una vez

habitó tu conciencia.
En su mirar se funden el desdén
y el amor en un magma
de nada silenciosa.
Algunos días piensas que tu vida
no es más que el cruel reflejo de tu ser
en el azogue desde el que te observan
aquellos que se cruzan
contigo en el camino.
Otras veces sospechas
que los demás existen
acaso en la medida
en la que existes tú.
Que son figuraciones
en un paisaje onírico.
Que acaso damos vueltas
los unos y los otros
igual que sombras chinas
en el absurdo carrusel del tiempo.

LO FATAL

El hermoso Cañón del Colorado,
un cuadro de Vermeer,
la gótica grandeza
de la imponente catedral de Lichfield,
la Quinta Sinfonía de Beethoven
o los ojos dulcísimos
de la mujer amada
más tarde o más temprano
despiertan en nosotros el bostezo.

¿Por qué seguir hilando y deshilando,
la cruel madeja de la intrascendencia?



Mora - 1910

la fonda



544

Mora - 1910

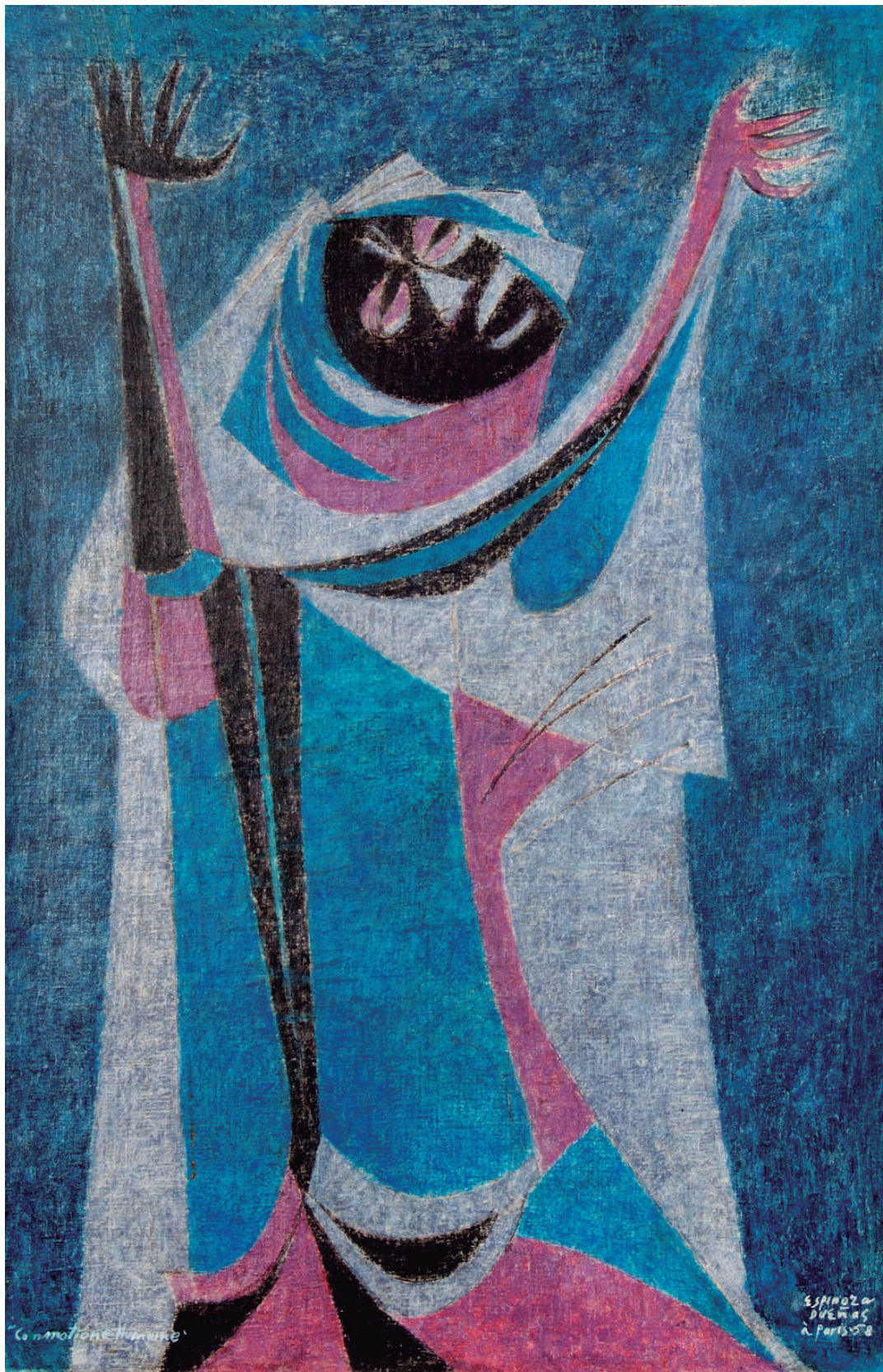


1945

1945

1945

1945





GIOVANNA POLLAROLO

CASA DE AGUA

I

: háblame

háblame de ti y de mí cuando éramos nosotras.
de cuando estábamos juntas una dentro de la otra
de cuando no sabíamos de mitades de fracciones ni de quebrados
ni siquiera de las dos caras de una moneda
del envés y el revés de las hojas.
nada de eso sabíamos tan confundidas estaban nuestras sangres.

: tú ya eras grande
tienes que acordarte
¿por qué no me hablas?
¿no quieres?
¿no puedes?
¿no sabes?
mírame
soy yo

: yo
estaba satisfecha, estaba feliz, yo.
el estómago lleno

ni pulmones ni aire.
PEZ en el agua
tibiecita.

: nada nos hacía falta. éramos tú y yo. yo y tú. el «binomio madre e hija» anunciado
en calles y plazas en los antiguos carteles del ministerio de salud. de essalud
estábamos completas *ahí*
donde no se conoce el frío ni el calor
el hambre ni la sed
ahí donde nada falta.

: yo
apenas asomándome
sin corazón sin cerebro
instalada en tus adentros
antes vacíos
tierras baldías
esas que los desheredados invaden
con piedras y palos y esteras
banderas peruanas y bebés en los brazos.
podías haberte deshecho de ese amasijo
huesos dientes sangre agua aire piel.

: yo.
debajo de tu corazón
en el aire de tus pulmones
en tu tubo digestivo
comiendo de tu boca
metiéndome en tu sangre.

: tú
te entregaste feliz al tiempo de «la dulce espera» junto a tu esposo amado
el que fertilizó t
u semilla.
me deseabas.
me esperabas con ansias imaginando el color de mis ojos y de mi pelo. la forma
de mi boca y de mi nariz. que no sea albina ni pelirroja. que sea normal que nazca
sanita. es lo que importa. que tenga una linda nariz y el pelo lacio. o la cabeza llena
de rulos como una querubina de Botticelli. que sea hermosa. que no tenga el labio
leporino.
caminabas mostrando la perfecta redondez de tu barriga. tus pechos hinchándose
para amamantar a la niña que crecía en tus entrañas.
te imaginabas meses después ya sin barriga. joven y delgada otra vez: tú
conduciendo el cochecito por las estrechas calles de la ciudad. Te saludaban: qué
bella niña, qué bella madre. El bello padre acompañando orgulloso.
QUÉ BELLA FAMILIA. ¡¡¡BENDICIONES!!!

: tú

no. no fue así.

había alguien ahí dentro

alguien creciendo a costa de tus huesos y de tus dientes

(esos que por mi culpa perdiste).

te dolían tus tetas hinchadas, las caderas cada vez más anchas, esas extrañas manchas en tus mejillas cuello manos. las náuseas. el horror a algunos olores el asco los vómitos. las tetas.

las aún incipientes várices en tus jóvenes piernas.

las súbitas ganas de llorar.

un cansancio que no se iba. de la mañana a la noche. de la noche a la mañana.

dormir solo dormir.

y una rabia asomándose

una rabia que no te abandonaría nunca

crecía más rápido que tu barriga

y hubieras querido arrancarme

pero aceptaste resignada el nuevo peso de tu cuerpo.

tuviste miedo

no sabías cómo ni dónde ni a quien

tuviste miedo

a condenarte eternamente en los fuegos del infierno. ir presa

morirte desangrada.

: yo.

te alivió no sangrar mes a mes. no temer las manchas en el vestido en el pantalón. los cólicos el malhumor el dolor de cabeza.

te alivió no tener que decir «estoy con mi regla» «me duelen los ovarios» «me duele la cabeza».

ya nadie decía «no le hagan caso está en sus días difíciles»

: fue dulce la dulce espera

todos sonríen amables cuando ven la barriga de una embarazada.

«Bendita seas» «Bendito es el fruto de tu vientre»

«siéntate» «descansa» «¿se te antoja un helado, un alfajor, una chirimoya?»

y todos los días empezaron a ser buenos para hacer el amor: ni dolor de cabeza ni ovarios ni sangre ni temor a quedar embarazada.

¿fue así? ¿fue así?

: ¿mamá?

II

harta ya de mi peso (en tu antes liviano leve y grácil cuerpo)

harta ya de esa que te estaba dejando sin sangre y sin dientes (en tu antes saludable y hermoso cuerpo)

moviéndose pateando perturbando tu sueño y tu vejiga

dejaste que me fuera me empujaste me deshiciste.

¿o fui yo la que me cansé de tus jugos de tu aire de tus penas y de tus lágrimas?

te abandoné abriéndome paso
sin saber que abandonaba el paraíso
tu tibia matriz
tu cuerpo
ese cuerpo al que jamás iba a volver.

: yo no era tú.

(¿dije? no sabía las palabras, pero ahora las digo, aunque me espume)

dije

(¿habré dicho «déjame quedarme»?)

déjame quedarme

manos como garfios nos separaron de una vez y para siempre. tu casa tapiada
como un nicho.

no dije nada solo grité (dicen los libros: el grito del bebé es una señal de que está
vivo, de que sobrevivirá porque puede respirar. si no grita ha nacido muerto).
desde entonces no he dejado de gritar. a veces despierto bañada en lágrimas y
cubierta de sangre. Pero es solo sudor.

me abrigaste me alimentaste.

de mala o de buena gana hacías todo lo que te decían que tenías que hacer para
producir leche como si fueras una vaca en la granja. las tetas nutricias, ubres.
agua de cebada, cerveza negra, agua de arroz, caldo de gallina. no moverse.
cuarenta días en cama.

pero solo engordabas.

¿te habrás preguntado por qué no producías leche para alimentar a tu hija?

¿por qué las vacas las ovejas las chanchas las perras las gatas y todas las demás
hembras estaban llenas de leche y tú no?

más seca que el desierto más seco.

soy una mala madre. no hablo no miro no acaricio no sé decir amorcito mío de mi
vida mi cielo mi amor mi corazón no.

dabas vueltas a mi alrededor.

tu cara. tus manos. tu olor a té con canela.

cuando lloraba ponías un chupón de plástico y el miedo se esfumaba
también el grito.

lejos quedaron olvidados fueron los latidos de tu corazón el sabor de tus jugos tu
respiración acompasada el aire de tus pulmones.

aprendí

a caminar a hablar a comer.

DESPUÉS

no tomaste mi mano para cruzar la pista
no cuidaste de mi fiebre ni de mi tos.
en mi 14 cumpleaños me diste un paquete de toallas higiénicas cuando te llamé
: mamá
mira, hay sangre en mi calzón.
ponte una, dijiste.
¿parecías molesta o solo me pareció que estabas?

hablabas y no te entendía. yo hablaba y tú tampoco me entendías. algo empezó a pasar con el idioma que me enseñaste. algo que hizo que todo se volviera ruido. un ruido que no me dejaba respirar. que no me dejaba oírte. que no me dejaba vivir cerca de ti.

enemigas a veces. envidiosas a veces de lo que una tiene y a la otra le falta o ha perdido o nunca tuvo. desconocidas. separadas por una distancia invisible. quién lo hubiera dicho, mamá. quién.

Y DESPUÉS DE DESPUÉS

había alguien ahí dentro creciendo a costa de mis huesos y de mis dientes. se instaló en mis adentros y como tú la dejé quedarse.
no me di cuenta de lo que pasaba ni cómo pasaba. solo importaba el día a día. un día se suma a otro y a otro y a otro.
náuseas asco rabia pena lágrimas peso agobio risas ansias miedo sangre.
leche pañales chupones desvelos llantos nervios miedo cansancio nervios miedo.

Y DESPUÉS DESPUÉS DESPUÉS

las mismas preguntas una y otra y otra.

*¿por qué por qué por qué?
su voz imperativa casi grito como mi antiguo grito: ¡Háblame!*

me quedo callada sin saber qué decir. apenas si puedo recordar a una joven asustada y llorosa. a una niña a una mujer. apenas si me puedo ver en esta anciana sexagenaria que solo añora volver a tu casa de agua. que grita y llora por las noches. que despierta bañada en sudor y cree que es sangre. a una que no sabía qué hacer, cómo hacer.
que sigue sin saber.

Tú. Yo.

Y AHORA

ya es muy tarde, estoy casi tan vieja como tú
tan callada como tú
tan enojada como tú.

CASA VACÍA

Sí, vivo sola en esta casa

.....

Tenía, pero se fue.

.....

Dos, también se fueron.

.....

Viven, me pesa decirlo, en insignificantes lugares que alquilan.

.....

No quieren. Están construyendo su casa, lejos de aquí. Lejos de mí.

.....

No. No tengo perro.

.....

La casa está llena de voces y de objetos
de sombras.

Abren puertas y ventanas
encienden las luces
hablan, ríen. Suspiran.

.....

Las polillas entre las maderas
el olor del orégano, de la salsa de tomate
del café haciéndose
el incesante ir y venir de las hormigas.

.....

En realidad no sé cuál es la diferencia entre
ser sola o estar sola.

.....

Van y vienen
extraviadas
sin rumbo
murmuran palabras que no entiendo.

.....

Me iré cuando se vayan
y el silencio me agobie.

Cuando desaparezca el último adorno
cuando no haya un solo libro en los estantes
cuando solo queden zapatos disparejos en el armario
trozos de pan seco, leche avinagrada, huevos podridos.

.....

Me iré sobre cuatro hombros extraños
antes de que
provistas de picos y palos
lleguen las cuadrillas de obreros
antes de que
empiecen a levantar otra casa.

CASA ABANDONADA

No es lo mismo una casa en ruinas que una casa abandonada.

Puertas y ventanas cerradas. Palos viejos de escoba, cañas, hasta cartones. Cadenas, candados herrumbrosos. Pero una o más sombras se asoman detrás de las ventanas. A veces, una vez al día, o a la semana, o al mes, depende, la única puerta sin tranca se abre sigilosamente. Alguien sale, alguien entra. Parece abandonada; no lo es. Todavía es una casa en ruinas acompañando la ruina de quien la habita.

A la abandonada le han arrancado las puertas y ventanas, desde afuera se ve su interior, lo que le queda: la sala, el comedor, el baño, los dormitorios. Algunos sillones desfondados del color del polvo, sillas sin patas ni espaldas, un colchón destartado, un inodoro en el centro de lo que fue, quién sabe, la sala donde se recibía a las visitas, donde bailaron los quinceañeros y los matrimonios y los cumpleaños. Vidrios rotos en el piso de madera que ya no es. Huellas, en lo que fue la puerta o en lo que queda de paredes, advierten la presencia nocturna de pandillas, drogadictos o mendigos. Pero no la habitan más de un día o dos, dicen que hay fantasmas, ruidos extraños. La mayoría se va porque ellos viven así, moviéndose de un lugar a otro, no se acomodan, no se hallan.

Agonizan sin poder morir como los cuerpos golpeados, pateados, apuñalados una y otra vez. En lo que queda se puede adivinar su pasado esplendor, diría el guía turístico. Pero su final ya estaba anunciado, como el de todas las casas.

CASA EN RUINAS

Algunos vidrios de las ventanas están rotos.
La fachada se ha convertido en un mural donde noche a noche los enamorados
 escriben sus nombres.
Se declaran amor eterno
dejan constancia del día, el año y la hora de su juramento
sabiendo, o no,
que el tiempo pasa.
También los pandilleros se han apropiado de las paredes y hasta de la vereda.
Hacen dibujos estrafalarios que envejecen al día siguiente,
escriben lemas y frases de protesta contra el mundo,
declaran campeón a su equipo de fútbol favorito. Viva el equipo de mis amores,
 escriben
y dejan botellas de plástico vacías, latas de cerveza
restos de pizzas grasosas, cajetillas de cigarrillos apretadas con fuerza
como con rabia,
servilletas sucias, hasta papeles higiénicos y preservativos usados.
Allí, en el pequeño jardín donde antes había un sauce, una tipa y una hermosa
 buganvilia roja, solo crecen las hierbas que antes el viejo jardinero arrancaba
 con furia.
El pequeño jardín se ha convertido en un punto de acopio.
Un día, un vecino, luego otro y otro, como si se hubieran puesto de acuerdo,
 empezaron a dejar sus bolsas de basura. Ahora el camión de Baja Policía se
 detiene solo ahí, en esa esquina.
A pie y en furgonetas destartaladas, cuando cae la noche, aparecen cual
 fantasmas grupos silenciosos de hombres y mujeres que separan plásticos,
 vidrios, papeles y restos de comida. Los perros merodean, vuelven a romper
 las bolsas, se arranchan a dentelladas frutas podridas, restos de carnes,
 pellejos, huesos. Los recogedores que Ribeyro llamó «gallinazos sin plumas»
 están contentos, ya no tienen que subir y bajar, bajar y subir de casa en casa.
El óxido avanza cual cáncer por las rejas, basta la presión de una mano para
 partirlas, como tu mano cuando rompió la chapa de la puerta. Tu pie
 cuando la pateaste para abrirla y salir al sol.
El tiempo.
Solo el letrero sobre el techo luce impecable como recién puesto. Dice, con letra
 clara, en negro sobre blanco:

«Esta propiedad no se vende»

CASA CON VISTAS

Él se quedó con el mar y a ella le tocó el jardín.
Ella dijo:
Podrás mirar el mar desde la terraza, la sala, el dormitorio.
Una ventana en la cocina también lo permite.
Algunas veces olerás la brisa. No siempre:
todo depende de la orientación del viento.
Tus ojos y oídos estarán llenos de agua día y noche
a menos que corras las cortinas
cierres las ventanas para no oír ni ver el ir y venir de las olas.
El jardín puedo pasearlo y olerlo:
veo flores, unos cuantos árboles y un jazmín;
debajo, entre las plantas,
un día me asaltó una serpiente
y más de una noche he visto murciélagos volando. También hay ratas.
Él dijo:
El mar o el jardín: lo mismo da.

CASA DEL SEÑOR

«¿No sabéis que sois templo de Dios,
y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?»
Corintios I 3:16-17

¿Qué hiciste, qué hiciste en mis adentros?
En este mi cuerpo, la casa del Señor.
¿Qué me hiciste? ¿Qué le hiciste estando yo dormida?
Saqué todo, dijo.
¿Todo?

«Tú lo consentiste, tú firmaste, acá está tu carta».
¿Quieres vivir? Me había preguntado antes del sopor.
Sí, quiero.

Descubrió mi vientre, lo abrió de un solo tajo. De arriba a abajo; desde el ombligo hasta donde empieza el Monte de Venus. Y empezó a hurgar. Fuera ovarios añosos, fuera útero tan inútil ya como el endometrio donde anidaron mis hijos. ¿Y la lesión maligna, la encontraste? La encontré. Hasta el apéndice te saqué. ¿Y

la vagina? La corté, mientras menos interiores, menos riesgo de tumores. ¿Podré hacer el amor si me curo y no me muero?

Sacó todo. Lo malo y lo bueno.

Todo lo bueno y todo lo malo que su mano encontraba a su paso porque hasta lo bueno ya es inútil y puede volverse malo con el paso de los años.

Muerto el perro, muerta la rabia.

No te vas a morir de cáncer, dijo.

Agradecí la buena noticia.

Ojos que no ven, corazón que no siente. Corazón que no sabe.

Pero mi corazón sabía. Lo supo estando yo dormida.

Giovanna Pollarolo (Tacna, 1952) estudió Literatura en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde se desempeña como docente y es directora de la Maestría en Escritura Creativa.

Entre mujeres solas. Poesía reunida (2013) recoge sus tres libros de poemas publicados hasta la fecha. Tiene en prensa el titulado **Matusalén**.

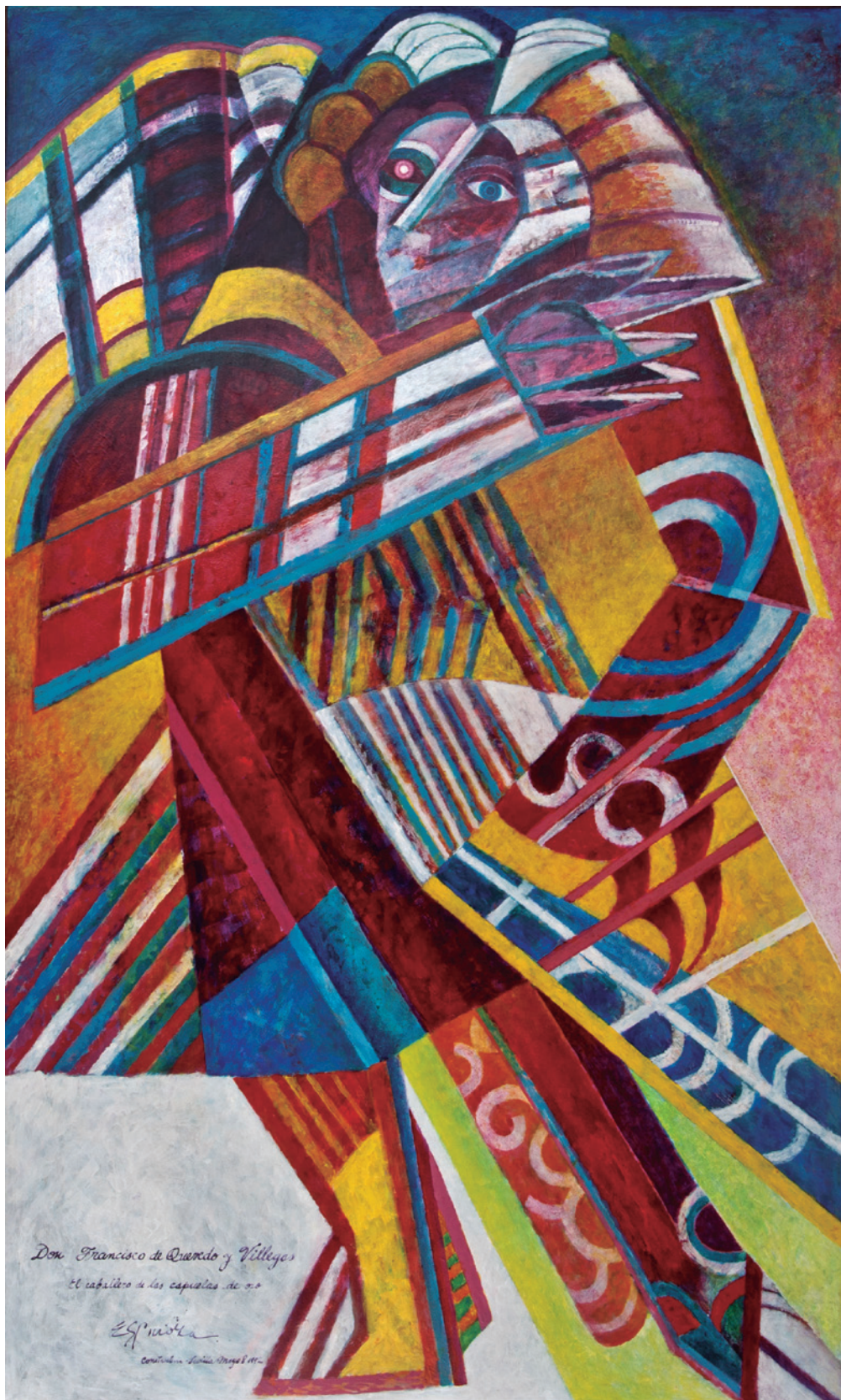
Como narradora, ha editado el libro de relatos **Atado de nervios** (1999) y las novelas **Dos veces por semana** (2008, 2015); y **Toda la culpa la tiene Mario** (2016).

Entre fines de los 80 y los 90, escribió guiones para cine y televisión y, en el área de la investigación académica, diversos artículos en revistas especializadas.

Los inéditos que aparecen en estas páginas forman parte de **Casas**, libro aún «en construcción».

La poeta resume así su manera de abordar la escritura:

«Necesito una estructura, mientras no la encuentre escribo y borro, escribo y rompo. Me demoro en encontrarla. Cuando la encuentro, digo: pero qué fácil era. El primer poemario fue la voz de algunas mujeres de la Biblia. El segundo, la mía y la de mis amigas también hablando de su vida. El tercero: el fin de algo. Ahora, el cuarto, en proceso: las casas. Siempre, lo veo ahora, voy armando el ¿poema? con pequeñas narraciones, diálogos, descripciones a partir de episodios vividos, memorias, sentimientos. “Mi poesía no contiene ni una pizca que no haya sido vivida, pero tampoco ninguna tal y como se vivió”, escribió Goethe y lo encontré citado por la poeta Tamara Kamenszain. Suscribo ese pensamiento, dice. Yo también lo suscribo».



Don Francisco de Ovando y Villegas

El capitano de las capitanías de oro

J. Gris

Comodoro de la Armada Española





JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

ABECEDARIO(S)

A la manera de Edward Gorey

Azucena, de frío.

Bernardo, por la química insurgente
de sus enloquecidas células.

Carmen, por los efectos a largo plazo de una
infección contraída en Centroamérica.

Delia, de inapetencia.

Ernesto, por la mala combustión de una estufa.

Felipe, por fumarse tres cajetillas diarias.

Gracia, de «muerte natural» –y nadie
quedó muy convencido de que su muerte fuera
precisamente «natural».

Hernán, «tras una larga enfermedad», según se dijo.

Ignacio, de un ataque al corazón,
que quizá fuera de ira o de impotencia.

Javier, en la impostada serenidad de quien ya había
ensayado su muerte muchas veces
(esta vez salió bien).

Kepa, de indiferencia.

Luisa, como Azucena, junto a ella.

Miguel, de neumonía, en cierto modo confortado
por lo preciso del diagnóstico: siempre confió en la medicina.

Néstor, arrebatado por la corriente, mientras se bañaba.

Óscar, de rabia –lo mordió un murciélago.

Patricio, apaleado por los guardias.

Quiteria, apuñalada por su novio,
que luego se entregó en comisaría.

Ramón, manipulando gelignita.

Santiago, diluyéndose en el agua roja de su bañera.

Tomás, como Azucena y Luisa, en ese coche que se quedó atascado
en una carretera de montaña durante un temporal de nieve.

Ubaldo, como consecuencia de las melancolías
en las que se sumió tras la muerte de Carmen.

Vanesa, de una «larga enfermedad» también.

Xan, de aprensión, al enterarse de lo de Hernán, Vanesa, Carmen.

Yeray, de sida –fue de los primeros.

Zacarías, de risa –dicen que fue la risa lo que le provocó el ataque.

Alberto –aquí empezamos otra vez– por intentar salvar a Néstor.

Bernabé, Celia, Dorotea, Enrique...

LEYENDO A MONTAIGNE

El libro está amarillecido
y tiene muchos párrafos marcados.

Y hay algo que resulta incluso cómico
en esos viejos subrayados tuyos:

la evidencia, pongamos, de que cuando
hacías tuyas esas pocas frases
de Montaigne, de algún modo formulabas
una precipitada petición de principio:

la idea de que la sabiduría
aparejada a esas confianzas
se proyectaba a un futuro
en el que ya la vida
la habría puesto a prueba y confirmado,
haciendo innecesario,
incluso, que vinieras otra vez
a buscarla en un libro de hace quinientos años.

Tus lecturas de entonces
tenían ese alcance prospectivo,
por encima de muchas otras cosas
en cierto modo más urgentes:

las disyuntivas aún por resolver,
las decisiones laborales
que habían de extender su alcance a toda una existencia,
los amores confusos,
dónde vivir y cómo y para qué y con quién o quiénes.

Y quizá te saltaste, al leer a Montaigne, lo principal:
su modo de acusar, también él, esa misma incertidumbre.

Eso, y no las certezas, te toca percibirlo ahora:

ya eres su igual, si no en sabiduría,
sí en circunstancia, al menos, y en edad.

CARMEN ROCA

¿Os acordáis de Carmen Roca? Año noventa y uno,
manchas de líquido de revelado
en las batas, alegre promiscuidad de gente apretujada
en aquel cuarto oscuro en el que apenas
se cabía, el milagro
de las primeras fotos positivadas, y ese
entusiasmo tan suyo, esa luz en los ojos
que ya no era el reflejo del temblor
insomne de los fluorescentes encendidos de nuevo,
sino algo que irradiaba de ella solo en esos momentos:

no, desde luego, cuando se entregaba
a sus otros quehaceres –luchas entre despachos,
calculadas insidias laborales
entre gente que acaso sabía muy bien cómo hacerse daño–
y afloraba en sus ojos un cansancio anterior
a las razones mismas de todo ese desgaste:
un desprecio por todos que empezaba
en el disgusto ante sí misma.

Ahora me parece que aquello era ya un síntoma
del mal del que murió.

La luz del tanatorio, si acaso, era también
un aleteo insuficiente
manchándonos de nuevo las pupilas,
dejando en ellas, como sobre papel sensible,
unas sombras que fueron
vida también alguna vez.

OTRO PAISAJE CON FLAMENCOS

Raros, desconcertantes días de 2020.

Calles desiertas, acalladas,
en las que solo resonaba entonces
el canto de los pájaros;
y también aquí, junto a las marismas,
más allá del murete del paseo,
un silencio anterior a la propia ciudad.

Y allí mismo, dispersos, punteando de destellos rosados
y blancos esa calma, los flamencos,
ahora duplicados
—nunca habían estado así de cerca—
en los espejeantes charcos que la marea
iba dejando al retirarse.

Al fondo,
como regurgitados del propio fango, los cangrejos
arriesgaban un paso o dos
fuera de sus guaridas, hasta
que un repentino gesto afirmativo
de una de aquellas casi inmóviles siluetas
ponía fin a la carrera.

Y entonces el flamenco, satisfecho,
se alzaba y estiraba la curva en ese de su cuello,
no sé si para deglutir la presa
o para componer de nuevo,
sin prisa y sin temor,
su reflejo en el agua.

LA DAMA

Este sería un buen lugar para morir,
en un claro entre encinas, entre calizas afloradas
que semejan mujeres recostadas al sol;

y muy especialmente al lado de esta que, vista de frente,
es una vieja diosa primordial, derramada
en toda la abundancia de sus carnes
sobre la curvatura del terreno.

La llamamos «La Dama» y muchas veces
hemos venido aquí solo para sentir,
en ella, ese calor de cosa viva
que tiene a veces la caliza
expuesta al sol.

Tendidos sobre ella,
como dispuestos para el sacrificio,
morir parecería un mero acto de entrega,
un volatilizarse bajo el sol,
una devolución no dolorosa
de la materia en usufructo
a la Dueña y Señora de todo lo que vive.

Si pudiera elegir,
cuando llegue el momento aquí vendría,
me echaría a dormir entre sus brazos,
me volvería piedra caliza yo también.

José Manuel Benítez Ariza (Cádiz, 1963) ha publicado once libros de poemas, antologados en **Casa en construcción** (Renacimiento, Sevilla, 2007) y **Nosotros los de entonces** (La Isla de Siltolá, Sevilla, 2015). Los últimos fueron **Arabesco** (Pre-Textos, Valencia, 2018) y **Realidad** (La Isla de Siltolá, 2020).

Como narrador, ha escrito las novelas que conforman su **Trilogía de la Transición** (2018), así como cuatro libros de relatos.

De sus libros de ensayos destacan los tres dedicados al cine, el último de los cuales se titula **Cosas que no creeríais. Una vindicación del cine clásico norteamericano** (2016). Tiene también un diario personal del que han aparecido hasta la fecha seis entregas.

Entre otros autores, ha traducido a Rudyard Kipling, Joseph Conrad, Henry James, Herman Melville, Edgar A. Poe y Elizabeth Barrett Browning.

Los poemas aquí recogidos pertenecen a su libro, aún inédito, **Laberinto**.







JORGE NÁJAR

TRILCE JAZZ BAND

1. NADIE SABE QUE ESTÁS EN MÍ

Una caja de música bárbara, muñeca de ojos negros.
Eso es lo que quiero, testimonio y prueba de la lucha diaria por la libertad.
¿No me crees? Descansa muñeca, descansa, que ahora estoy inmerso
en la lucha por la libertad de las formas y de los contenidos.
¿No oyes cómo suena esta crónica de una vida marcada en la roca negra?
Ba-da-buum. Ba-da-buum. Ópera del desarraigo. Descansa, por favor.
Dices que esto no tiene remedio. ¿Eso dices sin palabras?
«Cállate. Nadie sabe que estás en mí. No respires.
Nadie sabe mi merienda succulenta de unidad:
legión de oscuridades, Amazonas de lloro» (*Trilce* LXXI. 3-6).

2. CREPÚSCULO FUTURO

—Hablas como un oráculo. Regocíjate en mí y bebe tu verbena desde la pulpería de una esquina cualquiera. Y deja ya de ir a los fumaderos para olvidarte del mundo.

—«Cállate futuro y recógete a reír de ese cielo de gallos ajisecos soberbiamente ennavajados» No hagas ruido. Que te crean ausente cuando los perros te huelan y comiencen a ladrar.

3. DIOS

No juegues con las serpientes del futuro. Escribe, escribe nomás.
El pelo negro de Otilia brillando oscuridades.
Escribe eso y sal al patio donde titilan las estrellas.
Silba, di que los perros quisieron convencerte que Dios existe.
Ah, jovencito, el mundo entero está a oscuras
y el enemigo sigue bombardeando nuestros sueños.
Silba, silba otra vez, afina tu violín para el baile o para la guerra
y grita: en el infierno nadie necesita de genios de ninguna laya.

4. LA POESÍA A SECAS

—En su lenguaje concurren «el sople y el hueso» (*Trilce* LXII, 19)
—¿En eso radica su permanente actualidad?
—Sí, claro que sí. Me atrevería a añadir que también ahí arranca la
modificación del cauce de la lengua poética. Gracias a esa aventura liberadora,
dicen, el tipo consigue imprimir su huella en la historia de la poesía a secas.
—O sea que el mal se propaga sin remedio. ¡Trilce! Ese quebradero de cabeza.

5. PIEDRA TUMBAL

En vísperas de su regreso a Lima, el joven poeta visita la tumba de Vallejo y
lanza una ráfaga con su cámara último modelo.

—No me ensaño contigo, viejo; ocurre que mi furor no encuentra sosiego,
pues vuelvo a los cerros sin haber escrito nada sobre el mito que tú nutriste con
tus amores e incendios, con tu fuga y con tu salir humeando de ti mismo en el
invierno de París.

Salvo este garabato sin sentido, nada, nada. Una tumba. Otra tumba. Todos
los genios del mundo reunidos en este gran cementerio. Todos bajo el silencio
anónimo.

6. ESCRITURA Y DISTANCIA

Un periodista le preguntó al Cholo que en dónde había aprendido a escribir
si siempre llevaba el cerebro mal peinado, asorochado por la distancia.

—En los puertos, a orillas de quienes partían rumbo a ultramar con paquetes
de cartas enviadas a las dulces ritas, a heráclitos y erasmos.

7. INFIERNO

—Todos tienen una pistola apuntando contra mi cráneo.

—No mientas, poeta. ¿Para qué gastar balas ahora que arranca otra guerra?
O si tu esquizofrenia acierta, recuerda siempre: a todos los que alguna vez te

amenazaron, la bala de la discordia los quemó en el frente de todos los combates.

Recuerda siempre: la luz, incluso si se vuelve oscura, en algún momento brilla. Solo te queda esperar en silencio.

8. LA GUERRA TRÍLCICA (1)

—Se conglomeran en *Trilce* tecnicismos, arcaísmos y neologismos, como si la intención fuera nublar la vista del lector. ¿Qué hacer? ¿Cómo avanzar en la incompreensión? La primera vez que me encontré con su cuerpo fue en la biblioteca rodante de Antonio Claros, el poeta de *Chloe*. El *volkswagen* en el que de vez en cuando Claros venía a la universidad era también el depósito de los libros que había leído en los últimos tiempos —años 1964, 65, 66 y otros—. Los espacios libres acumulaban pilas de libros. El maletero estaba repleto de poesía traducida al castellano. Ahí estaba casi todo lo que Fabril, la editora argentina, había publicado. Detrás de los asientos, cerrando la luz que penetraba por el parabrisas trasero, libros y más libros, sin contar los que estaban en los asientos y encima de la guantera. Eran los libros de lectura reciente o en proceso. Ahí estaba su ejemplar de *Trilce*, título impreso con tinta roja sobre cartulina marrón. Comencé a hojearlo y descubrí numerosos versos subrayados. No te lo puedo prestar, dijo, al comprobar mi curiosidad. Seguro que lo puedes encontrar en cualquier librería. Bajé por el Parque Universitario y en una esquina di con uno que me esperaba con los brazos abiertos.

9. JEAN MICHEL BASQUIAT

—En el ejemplar que hasta ahora conservo, todas las páginas están garabateadas de diferentes colores. Cada color marca la intensidad del asombro y la incompreensión.

—¿Has chapurreado un Basquiat antes de Basquiat?

—Me cabe esa gloria y no me jacto. Solo tiempo después me di cuenta que el motor de la lectura, en mi caso, fue tratar de «adivinar» lo que quería decir: «Oh, escándalo de miel de los crepúsculos. / Oh estruendo mudo. Odumodneurtse!». (*Trilce* XIII. 14, 15 y 16)

10. HISTORIA Y GEOGRAFÍA

—Desde el reniego inicial de ese buscador de la línea inmortal del equilibrio, *Trilce* evoluciona entre resonancias de dolores y mortificaciones. De jaranas y lágrimas.

—No te equivoques; yo solo hablo de hombres y mujeres venidos del fondo de nuestra historia y de nuestra geografía. Padre, madre, hermanos, compañeros de jarana, amoríos extraviados, suspiros y rencores. Y yo entre ellos afrontando el espanto de todas las guerras: la auto-modificación de la voz y del Universo.

11. TRILCE-OTILIAS-CIRCE

¿Qué se habrán hecho las Otilias de antaño? ¿Por dónde andarán los amores que nutrieron el canto bárbaro? ¿Esas sombras tenían como Circe poderes de transformación?

He querido verlas y mirar sus ojos. He querido oírlas y descifrar sus palabras. Nadie. Nada.

¿A quién se refiere el *Trilce* vi? «El traje que vestí mañana / no lo ha lavado mi lavandera: / lo lavaba en sus venas otilianas, / en el chorro de su corazón...»

¿A quién se refiere en el *Trilce* xi?: «“Me he casado”, / me dice. Cuando lo que hicimos de niños / en casa de la tía difunta. / Se ha casado. / Se ha casado.»

Ya nadie con sus hálito para agitar ese polvo.

Muchos desencuentros acumulados en la voz que no describe ni relata sus problemas, pero que habla del «traje sucio de injusticia» y canta como un psicoanalizado en el momento de ver la luz entre las sombras.

Los biógrafos de César han señalado una Otilia en Santiago de Chuco. ¿Es ella la que en una estancia del canto se pregunta: «¿qué será de mí?» ¿O es la otra Otilia, la del barrio Maravillas, en Lima, la que quedó encinta de sus amores con César?

Busco retratos, dibujos de una y otra en el cementerio de imágenes, pero no consigo nada. Veo las calles de Santiago de Chuco en las serranías nor-andinas y también recorro con la memoria las calles, plazas y callejones de los Barrio Altos donde me tocó pasar una parte de mi infancia.

Veo imágenes que pudieran ser las de ellas, pero no termino de convencerme. ¿A qué alma maravillosa correspondía el sexo celebrado y cantado en *Trilce* xiii: «Pienso en tu sexo. / Simplificado el corazón, pienso en tu sexo, / ante el hijar maduro del día. / Palpo el botón de dicha, está en sazón...».

¿Qué se hicieron las Otilias de ese estruendo bárbaro?

Como carezco de respuesta, sigue viva la idea de Trilce-Circe. Agua de otros mares. Diamante de otro volcán. Rosa de Nadie. Bruja de Nadie.

12. NIDO DE PÁJAROS

—¿Conocen ustedes algo más triste que los versos de Vallejo?

—Lo que el Cholo hizo no eran versos. Nidos de pájaros eran en los que ahora se abrigan polluelos que de otro modo serían barridos por el temporal. Esto, por ejemplo, ¿te parece triste?: «Quemadura del segundo / en toda la tierna cabecilla del deseo, / picadura de ají vagoroso, / a las dos de la tarde inmoral». (*Trilce* xxx)

13. HÚMERO Y FLORES

Entre las tumbas de los Señores de Francia todo te pertenece.

Una laja de piedra, elegantísima, y un ramo de flores plásticas.

¿Pero qué haces allí nitrato y fósforo, y sin siquiera flores frescas?

Coge tus húmeros y vete a seguir tu sueño
allí donde incluso los cholos como tú tienen sobre sus tumbas
flores de china, kantutas, azucenas, locura de niñas,
malas mujeres olorosas y tiernas para aplacar diabluras.

14. HOMENAJE

Solitario y triste
¿para qué darte ahora
flores andinas
si tú mismo las abandonaste
a cambio del mito
París, un sitio muy grande,
lejano y otra vez grande?
Quédate solitario
entre quienes te empujaron
a mirar de arriba para abajo
tu organismo.
Quédate y calla ya
inventor de la modernidad
de los que seguimos bailando
huaynos, pasacalles
por nuestros mejores muertos,
por ti, Cholito Lindo,
tan triste y flaco,
versos de pura médula.

15. PROBLEMA DE RIMA

—Si te escapas, si consigues salir de aquel túmulo, lánzate a la aventura y llega hasta la iluminación de escribir un poema con ritmo de rumba.

—¿Rumba? ¿Y eso con qué rima?

—Con cholas calientes en los mercados al aire libre, en las altas llanuras, peineta amarilla y pañuelito rojo.

16. LA GUERRA TRÍLCICA (2)

—Bailando polkas, vales y marineras todos los de La Bohemia de Trujillo dieron el salto de lo criollo hacia los ritmos negros norteamericanos, hacia las cumparsitas del Río de la Plata, las rancheras mexicanas y otras sonoridades favorecidas por discos y películas de gran éxito; así Vallejo rompe con la melodía tradicional y armado de esos ritmos se lanza al mundo. Él y sus amigos.

—¿Importa?

—Sí, la ruptura con la tradición rítmica viene de esas noches, mucho antes

del surrealismo, mucho antes de todos los desbarajustes. Y sin sus amigos que movieron cielo y tierra para salvarlo de las garras de los tinterillos, hasta ahora estaría sumido en los líos y rencores del paisanaje.

17. POR LA RUTA DE TUS PASOS

Oh, César, en las cavernas de París,
entre los muertos de Montparnasse
los jóvenes poetas peruanos,
disfrazados de literatos poseros,
todavía se esfuerzan en sacarle lustre
a tus desgracias, a tus puyas.

Por la ruta de tus pasos yo me divierto
buscándole gracia a tus enconos
a inicios de una nueva guerra
y los cambios que no cesan.

18. VARIACIONES

Estoy cribando mis cariños
Ta-ca-tín // Ta-ca-tán
Madre, mañana me voy a Santiago
Me espera allí tu arco de asombro
por donde hay que pasar de puntillas

Así muerta inmortal, sacerdotisa,
con el rosado y el desengaño
de mis falsos trajines
Ta-ca-tín // Ta-ca-tán
mañana me voy a Santiago
a mojarme en tu bendición
y en tu llanto.

19. SEMBRAR ARROZ CON PATO

Y si llovieran noches
y más noches en mi eternidad
o si llovieran constelaciones
me retiraría de aquí a mil años
para sembrar arroz con pato
en algún rincón de la galaxia.

20. LA GUERRA TRÍLCICA (3)

—No han faltado amigos muy cercanos que han conseguido fechar los componentes del canto.

—Yo me atrevería a decir que ahora solo el diablo quizá sepa cuáles fueron los poemas escritos antes de la prisión y cuáles los posteriores.

—¿Los restos de *Los Heraldos Negros* se convirtieron en pasto de la guerra tríllica?

—Sin duda. Todos se convirtieron en materia de una guerra para ir más allá de la circunstancia en pos de la ampliación de los significados. Sea esa su victoria. Quedan sin embargo en ese cuerpo huellas difusas de lo que posiblemente fueron sonetos. Quedan cuartetas. Quedan endecasílabos. Quedan cosas de otros tiempos. Pero todos terminaron por pasar a ser parte de la caja bárbara.

—¿Quieres decir que *Trilce* no hubiera existido sin la tragedia carcelaria?

—Esa es la gran incógnita.

21. EPITAFIO

Harto de nuestros simulados llantos
un día de estos César resucitará entre nosotros
muerto de risa ra-ta-plan / ra-ta-plan / ra-ta-plan-plan-plan
para continuar la fiesta en los arenales de Lima
entre los cerros pelados donde viven los dioses.

París, marzo de 2022

Jorge Nájjar (*Pucallpa*, 1946) pasó su infancia y adolescencia en diferentes ciudades de la Amazonía. En 1964, se trasladó a Lima, donde entró en contacto con la vanguardia literaria. Desde 1977 reside en París.

Ha publicado los libros de poesía: *Finibus terrae* (Premio Copé de Oro de la Bienal de Poesía Peruana, 1984), *Canto ciego* (Premio Juan Rulfo de Poesía, convocado por Radio Francia Internacional y La Maison de l'Amérique latine, 2001), *Poesía reunida* (2013) y *Hotel Universo* (2017).

Traducidos al francés, en edición bilingüe, aparecieron los poemarios: *Lienzo escrito* (1992), *Mate burilado* (1999), *Mascarón de proa* (2006), *Ahí donde brota la luz* (2015) y *Espíritus* (2018).

Como narrador ha escrito: *Penúltima Odisea y otras ficciones* (2007), *Vallejo y la célula non plus ultra* (2010), *El alucinado* (2013), *El árbol de Sodoma* (2014) y *César Vallejo. La vida bárbara* (2019).

Con este texto de Jorge Nájjar, escrito expresamente para Palimpsesto, conmemoramos los cien años de la aparición de *Trilce* de César Vallejo.



6/16/2014 10:27 AM

J. K. Winters 1/1

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

- Cubierta: Pilar, cuerpo de amor, cerámica, 68 x 43 x 63 cm. (Burgos, 1982).
- Pág. 2: Amaya, reminiscencia de un universo floral, cerámica, 75 x 35 cm. (Burgos, 1982).
- Pág. 4: Mujer sentada saludando, óleo, 83,5 x 118,5 cm. (Madrid, 1960).
- Pág. 32: Granma, acrílica sobre papel, 50 x 65 cm. (La Habana, 1963).
- Pág. 33: Expresión n.º 38, litografía, 59 x 82 cm. (París 1959).
- Pág. 34: Expresión n.º 42, litografía, 59 x 82 cm. (París, 1959).
- Pág. 45: Adriana, cerámica, 47 x 44 x 17 cm. (Burgos 1982).
- Pág. 46: Pilar, cerámica, 76 x 53 x 15 cm. (Burgos 1978).
- Págs. 54 y 55: Metamorfosis, cerámica, 89 x 34 x 53 cm. (Burgos, 1980).
- Pág. 56: Díosa, agua fuerte y punta seca, 12 x 17,5 cm. (París, 1959).
- Págs. 62 y 63: La multitud I, II y III, mural litográfico, 189 x 90 cm. (París, 1964).
- Pág. 64: Conmoción humana, óleo, 67 x 102 cm. (París, 1958).
- Pág. 75: Don Francisco de Quevedo, acrílico sobre tabla, 106,5 x 176 cm. (Constantina, 1992).
- Pág. 76: Animal raro, litografía, 67 x 102 cm. (La Habana, 1966).
- Pág. 83: Caballero de los labios en flor, cerámica, 67 x 21,5 cm. (Burgos, 1981).
- Pág. 84: César Vallejo, cerámica, 47 x 44 x 17 cm. (Burgos, 1988).
- Pág. 92: Expresión n.º 40, litografía, 59 x 82 cm. (París, 1959).
- Pág. 94: Autorretrato, cerámica, 40 x 20 cm. (La Habana, 1965).
- Pág. 96: El Sol, cerámica, 25 x 61 cm. ø (La Habana, 1967).



FRANCISCO ESPINOZA DUEÑAS (Lima, 1926-Carmona, 2020), brillante grabador, pintor y ceramista, creció en un barrio muy pobre de la capital, al lado de un cementerio, circunstancia que influyó en su actitud vital y estética. A fuerza de sacrificio y denodado empeño, estudiando de noche, logró ingresar en la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes, donde se graduó con honores. Como muchos de sus compañeros de generación, obtuvo una beca del Instituto de Cultura Hispánica, que le permitió residir en Madrid entre 1955 y 1958. Cursó estudios de pintura mural en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y afianzó su pasión por el grabado, especializándose en litografía, en la Escuela Nacional de Artes Gráficas. Espinoza Dueñas partió luego a París para perfeccionar sus conocimientos en la Escuela de Bellas Artes y formarse como ceramista en la Manufactura Nacional de Sèvres, siendo distinguido por el Museo Cantini, dentro de la Bienal de Marsella, con el Gran Premio Internacional de Cerámica, el más prestigioso del mundo. Precisamente, Mario Vargas Llosa, que lo conoció por esas fechas, señaló: «yo admiro profundamente esa convicción orgullosa, insolente, que singulariza a Espinoza Dueñas entre los artistas de su época y lo lleva a aferrarse con una tenacidad que tiene algo de desafío y de provocación [...] Su arte no es mimético, no duplica lo real, no reproduce las imágenes cotidianas del mundo, sino, más bien, traduce en líneas y colores, en objetos plásticos, ciertos contenidos profundos del espíritu humano: la cólera, la humillación, el estupor».

De 1965 a 1968 fue profesor en La Habana y realizó allí diversos murales en instituciones públicas. En 1969, se instaló en Burgos, ciudad de su esposa Pilar, en la que desarrolló una intensa actividad pedagógica y creadora. En 1983, hizo un mural con mosaicos, dedicado a César Vallejo, en la Vía Expresa de Lima. Desde este momento, los talleres cobraron relieve durante su estancia en Estados Unidos en los años 80, donde fue invitado para dar clases y seguir con sus particulares lecciones magistrales en directo, con murales pintados en Filadelfia, Nueva York o Nueva Jersey.

A partir de 1989, se afincó en Constantina, donde prosiguió su febril labor creadora y didáctica, así como en otros pueblos de la sierra norte de Sevilla (El Pedroso, Cazalla de la Sierra, Las Navas de la Concepción...). Sus talleres experimentales sirvieron para llevar el proceso creativo al gran público, explicando sus técnicas ante personas de todo tipo (pensionistas, desempleados, estudiantes...). Para Fernando Iwasaki, «el legado de Espinoza Dueñas no solo es inmenso, sino que su obra producida en España representa una novedad con respecto a la que atesoran museos de Francia, Cuba, México, Perú y Estados Unidos, correspondientes a su etapa de 1958-1970. En realidad, desde su regreso a España, el artista peruano se mantuvo al margen de las veleidades del mercado, las ferias y los galeristas».

En 2011, la Fundación Caja Rural del Sur le dedicó, en Huelva y Sevilla, una muestra retrospectiva de su obra tan diversa en materiales y técnicas, en la que, según Fernando Chueca Goitia, «la pintura, la cerámica, el mosaico o el grabado, lo que salga de las manos de Espinoza, tiene algo de fuerza telúrica, de volcán en erupción, de luciérnaga en la noche sideral, de crispación de un viejo dios atormentado».

Los últimos diez años de su vida los pasó en Carmona, donde, a pesar de su paulatina pérdida de memoria, nunca se olvidó de pintar. Murió en la Residencia San Pedro de nuestra ciudad pentamilenaria.

Agradecemos a sus hijas Amaya y Adriana que nos hayan facilitado de manera altruista las obras reproducidas en estas páginas.



PALIMPSESTO 37

Revista de Creación
2022

Dirección:

Francisco José Cruz

Coordinación Editorial:

Rosario Acal

Diseño:

Carmen Herrera Romero

Edición:

Excmo. Ayuntamiento de Carmona
Delegación de Cultura

Redacción:

San Juan Grande, 26 Teléfono 95 419 04 18
41410 CARMONA (Sevilla)
palimpsesto1990@gmail.com

Administración:

Biblioteca Municipal *José María Requena*
Domínguez de la Haza, s/n.
Tfno. 95 419 14 58 biblioteca@carmona.org
41410 CARMONA (Sevilla)

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:

INGRAPRINT, S.L. Políg. Ind. El Pilero, calle Esparteros, 7
Teléfono 955 183 352 41410 CARMONA (Sevilla)

I.S.S.N.: 1885 9429

Depósito Legal:

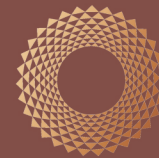
SE 820 1990

Carmona 2022

ISSN 1885 - 9429



9 771885 942006



CARMONA
Candidatura Patrimonio Mundial

Excmo. Ayuntamiento de Carmona